MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

5869

La jaula de la leona

COMEDIA EN TRES ACTOS

HISPANIA

CID, 4, MADRID

COPYRIGH BY MANUEL LINARES RIVAS, 1924

PUBLISHED IN SPAIN

LA JAULA DE LA LEONA

250883

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lajauladelaleona3031lina

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA JAULA DE LA LEONA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA
EL 25 DE FEBRERO DE 1924

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4 MADRID
1924

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Copyrigh by Manuel Linares Rivas, 1924.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.). -Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Para Elisa S. de Linares Rivas.

Querida Elisa: al empezar a escribir, y cuando temia no llegar, te dediqué una obra. Hoy, que la suerte quiso premiar mi trabajo, te dedicò otra.

Pero en realidad no son dos dedicatorias, es una sola que se prolonga a través del tiempo, como se prolongó dichosamente para mí tu afecto y tu buen consejo.

Manolo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Alejandrina Tirón (Duquesa de Ferreira y de los Peranzules, 40 años).....	María Guerrero.
Marysol de la Cumbre (25 años)...	Hortensia Gelabert.
Mariana de la Cumbre (28 años).	María Guerrero López
Solita (20 años).....	Carmen Larrabeiti.
Javier Ferreira (Duque de Ferreira y de los Peranzules, 45 años).....	Fernando Díaz de Mendoza.
Saturnino Pico (Marqués del Pico de la Rada, 50 años).....	Emilio Thuillier.
Leopoldo Ferreira (Vizconde del Valle de Oro, 20 años).....	Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero
Totoro Pico (23 años).....	Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero.
Un criado.....	N. N.

La acción en Peranzules, pueblo ideal de España, y en el Palacio señorial de los Duques. -Decoración única de los tres actos: un gran *hall* elegantísimo y puesto con riqueza.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Es en marzo, y anochecido.

ESCENA PRIMERA

Se alza el telón en obscuro. Una pausa. Entra por foro SOLITA, y enciende las luces. TOTORO, que dormitaba en un butacón, se despierta malhumorado; pero en cuanto ve a la doncella se le ilumina el semblante. Ya está allí la mujer..., y el hombre se encalabrina...

TOTORO.—Me dormí en el limbo de los aburridos..., ¡y me despierto en el mismísimo Paraíso! Puede que allí hubiera otra clase de muebles..., no sé... ¡Pero lo esencial de un Paraíso es que haya mujer! ¡La mujer! A su paso va iluminándolo todo... ¡Ay, Solita!...

SOLITA.—¿Señorito?...

TOTORO.—Haz favor de mirar si está por ahí la serpiente.

SOLITA.—Usted siempre con bromas.

TOTORO.—Mira, por si acaso..., y como esté de veras se podía formalizar esto muchísimo, Solita de mis pecados.

SOLITA.—Para la tonta que le escuchara... Con quince días que llevan aquí en el palacio usted y su padre, el señor marqués del Pico de la Rada..., ¡y ya nos revolvió usted a todas las muchachas de Peranzules!

TOTORO.—¿Porque les digo un chicoleo?

SOLITA.—¡Y porque les propone usted a todas que se escapen con usted!

TOTORO.—¡Pues claro! No les voy a proponer que ingresen de cuotas en Húsares de Pavía.

SOLITA.—Eso, no...; pero dejarlas en paz, que un señorito como usted, hijo único del señor marqués y sobrino de la señora duquesa de Ferreira y de los Peranzules...

TOTORO.—Todo eso es verdad, pero mi parentela no tiene nada que ver con lo que tú me gustas, preciosísima Solita.

SOLITA.—Muchísimo, porque siendo usted quien es no debía perseguir a las criadas.

TOTORO.—¡Anda! ¡Pero cómo no os voy a perseguir si os escapáis!

SOLITA.—¡Naturalmente!

TOTORO.—Entonces no tengo yo la culpa. Estaos quietas..., y ya veréis.

SOLITA.—No queremos verlo. Ustedes con las señoritas, y nosotras con los hombres de nuestra clase, que siquiera ésos pueden tener buen fin.

TOTORO.—No lo creas, preciosísima Solita...

Nadie puede tener buen fin, porque todos nos morimos.

SOLITA.—¡Vaya una salida!

TOTORO.—*(Brincando.)*—¡Ay, qué preciosa eres!

SOLITA.—*(Escapando.)*—¡Estese usted quieto, hombre! ¡Pues que me vea la señora duquesa! Es una santa y una buenaza, pero como huela enredo ya está una de patitas en la calle.

TOTORO.—No te apures, que estos días anda muy acatarrada.

SOLITA.—Ya le veo a usted venir, ya. Usted es un marrajo...; pero marrajos de chaquetón los tenemos a docenas por el pueblo, y ya sabe una de lo que hay que escarmentar en otras.

TOTORO.—De mí no desconfíes, que soy un infelizote. Mírame una miaja, Solita.

SOLITA.—Para que me quitara los ojos la Rosario.

TOTORO.—Sin razón sería.

SOLITA.—Se figurará usted que no les hemos pillado las vueltas... ¡Ay, que vienen! *(Mutis rápida por foro.)*

TOTORO.—Pues media vuelta nosotros. *(Va a sentarse.)*

ESCENA II

TOTORO; por izquierda, JAVIER y SATURNINO.

JAVIER.—¿Qué haces ahí?

TOTORO.—No lo sé, tío Javier; pero creo que no hago nada.

SATURNINO.—¿Cómo no estás con el primo Leopoldo?

TOTORO.—Porque es imposible. Se ha puesto a recitar versos en voz alta, y yo no los aguanto ni en voz baja.

JAVIER.—Algunos son hermosísimos.

TOTORO.—Algunos, sí... *(Tarareando.)* "Hay que ver..., hay que ver..." Sí; ése tiene una música muy linda.

JAVIER.—¡Pero ésos no son versos, Totoro!

TOTORO.—Bueno, cantables. Es igual.

JAVIER.—Igual.

TOTORO.—Dame un cigarrillo, papá. Yo a Leopoldo lo quiero mucho, como a un hermano; pero a veces es insoportable..., como un hermano también.

JAVIER.—¿Os habéis peleado?

TOTORO.—¿Con él? ¡Jamás! Es insoportable a fuerza de perfecciones. No fuma, no bebe, no juega, no va un día de parranda, ni una noche de

jolgorio... ¡Y a los veinte años no ha tenido ni una novia! ¡Papá, ni una!

SATURNINO.—¡Qué desgraciado!...

JAVIER.—El no se lo cree.

TOTORO.—Exceptuando a las de la casa, me parece que no habló en su vida con ninguna mujer.

JAVIER.—Con pocas.

TOTORO.—Señoritingas no hay por aquí, y las faldas de percal de las mozas las desprecia olímpicamente. Puede que ni mujeres las considere.

SATURNINO.—Han de venir con trajes de terciopelo, con joyas, con perfumes..., y quizás con dueña y escuderos.

JAVIER.—No tanto, pero muy cerca.

TOTORO.—Y del amor se ha formado una idea fantástica. ¡Que en la vida no debe haber más que un amor! ¡Papá, uno solo!

SATURNINO.—¡Qué desgraciado!...

TOTORO.—¡Adorarse eternamente y pasear con ella, a la luz de la Luna, por la fronda y por la umbría!

SATURNINO.—Para reumáticos, imposible.

TOTORO.—Está como en las estampas del siglo décimoctavo... Dieciochesco, que decimos los eruditos.

JAVIER.—Es un poco exaltado, sí, porque su carácter se formó en los libros; y como de pequeño estuvo tan debilucho, no se atrevió su madre

a contrariarle la inclinación a la lectura, que era su único entretenimiento.

SATURNINO.—Pero ya está bueno del todo.

JAVIER.—Completamente bien y muy robusto, gracias a Dios; pero si el cuerpo es ya de hombre, en cambio el alma sigue aniñada en romanticismos, idolatrando fervorosamente los grandes ideales: la Religión, la Patria, la caballerosidad, el honor, la madre, la mujer... ¡Todo!

SATURNINO.—Eso es sublime, pero dudo que sea práctico.

TOTORO.—Veintesco no es. Dame un cigarrillo.

JAVIER.—Precisamente porque sois tan distintos me alegro más de tenerte aquí, Totoro; no para modificar su carácter, sino para templarlo un poco.

TOTORO.—Si me hiciera caso, con una botella de *champagne,* una falda de percal... con una personilla dentro, y un manubrio para los *foxtrots* se templaba en un santiamén. Con eso se templa hasta un profesor de Derecho internacional, que es, hoy por hoy, lo más absurdo que conozco.

SATURNINO.—Este es de oro. Y conmigo hace lo que le da la gana.

TOTORO.—Pero siempre obedeciéndote.

SATURNINO.—Esa justicia hay que rendírsela. Es obedientísimo. Pero divertirse..., ¡uff! Y gastarme los cuartos..., ¡uff!, ¡uff! Dos ¡uff!, ¿comprendes? Y con los automóviles, no quieras sa-

ber... Los compra, los vende, los cambia, los pinta, los corre... y, naturalmente, los rompe.

TOTORO.—Siempre estoy dispuesto para componerlos yo mismo.

SATURNINO.—Exacto... Pero eso es lo único que no le dejo hacer, que los componga, porque es lo que me sale más caro. De una avería aun me defiendo; pero de un arreglo suyo, ¡me parte por el eje!

TOTORO.—Lo dice por decir...

ESCENA III

DICHOS; ALEJANDRINA, por derecha.

ALEJANDRINA.—¿Y Leopoldo?

JAVIER.—Arriba.

ALEJANDRINA.—Lee ya demasiado. A ver si le convences y jugáis un rato al billar, Totorito.

TOTORO.—Voy. Pero si le oigo recitar me vuelvo desde las escaleras, ¿eh? *(Mutis por izquierda.)*

ALEJANDRINA.—Tráele, tráele. Oye, Javier: ¿dispongo la habitación de los tapices para Marysol?

JAVIER.—La que más rabia te dé.

SATURNINO.—¡Ahora tienes humor de huéspedes!

ALEJANDRINA.—Ha sido ella misma la que me

suplicó que le consintiera venir aquí unos días..., y aguardo su carta o su telegrama. Es sobrina segunda de Javier; fué siempre muy correcta; estuvo dos años de bien casada, y después llevó otro año y medio de viuda con una discreción irreprochable, aunque todos pensaban que lo acortaría mucho para disfrutar cuanto antes de la gran fortuna que le dejó el marido. No tengo razón ni pretexto siquiera para negarme.

SATURNINO.—¿Y a qué viene?

JAVIER.—A chinchorrear.

ALEJANDRINA.—Se ha enterado de que hay un título de la casa—el marquesado de las Azucenas—que no se rehabilitó..., y lo quiere para su chiquitín.

SATURNINO.—Tonta no es.

ALEJANDRINA.—Le escribió a Javier siete u ocho cartas apremiantísimas, y éste se hizo el remolón, contestando muy fino, pero sin clarearse... Ella se dió cuenta de que por escrito no conseguía gran cosa..., y se nos planta aquí para dar la batalla.

SATURNINO.—¿Piensas cedérselo?

JAVIER.—¡Quia, hombre! ¡Yo qué voy a ceder un título como ése a quien no me importa ni apenas conozco!

ALEJANDRINA.—Os pelearéis...

JAVIER.—Nos pelearemos, y así se marchará antes.

ALEJANDRINA.—Y de habitación, ¿qué decides?

JAVIER.—Cualquiera.

ALEJANDRINA.—Bueno. *(Mutis por izquierda.)* Pues la de los tapices.

ESCENA IV

JAVIER y SATURNINO.

SATURNINO.—Ya vais a tener quien os acompañe..., y yo me vuelvo a Madrid.

JAVIER.—¡Hombre!

SATURNINO.—Al enviudar de la hermana de Alejandrina—hace ya diez años—he seguido con vosotros unas relaciones cordialísimas, tan cordiales, que hasta venimos a pasar unas temporadas aquí, en el odioso campo... ¡Pero de esta vez no puedo más!

JAVIER.—Y eso, ¿por qué?

SATURNINO.—Tu mujer, con el propósito laudable—muy laudable, lo reconozco—de distraerme un poco, no repara en martirizarme cruelmente.

JAVIER.—No lo he notado...

SATURNINO.—¡Egoísta! Ayer mismo, en la mesa, ¿no propuso que fuéramos a ver la catedral? ¡Pero, señor, si yo he visto muchas catedrales ya!

JAVIER.—Esta es magnífica.

SATURNINO.—No lo niego, y si la trajeran aquí, la vería muy gustoso... ¡Pero dos horas de *auto* exclusivamente para contemplar unas piedras!... ¡No; eso no!

JAVIER.—Ya te has librado de ello.

SATURNINO.—Una tarde sí y otra no, me lleváis a ver el mar desde un sitio nuevo... ¡Pero, señor, si yo he visto el mar desde muchos sitios! ¡Y es igual en todas partes! ¡Palabra de honor, Javier!

JAVIER.—Alejandrina tendrá un digusto si nos dejas antes de su cumpleaños.

SATURNINO. — Entonces... ¿Más sacrificio? Bien...; ¡pero es horrible! Acostarse a las doce... ¿Qué diablos hace uno en la cama a las doce? Levantarse a las nueve... ¿Qué diablo hace uno a las nueve por el mundo? Y después, los dichosos paseítos. Viendo paisaje..., ¡que no me conmueve, no!; y respirando aire puro..., ¡que no necesito tanto para nada! ¡Por fuerza tiene que ser muy malsano todo esto!

JAVIER.—Al revés...

SATURNINO.—¡Tiene que serlo, Javier! Tú lo verás a la larga... ¡No hay naturaleza que resista a la contemplación de tanta Naturaleza!... ¡Madrid de mi alma! Desengáñate, chico. Aire puro como el del Casino..., ¡no lo hay! Paisaje como el de las señoras guapas..., ¡no lo hay! Y horas

como las de cinco a ocho..., ¿eh?, ¿las hay, Javier?

JAVIER.—No las hay, Saturnino..., ¡no las hay!

SATURNINO.—Y que tú las aprovechabas...

JAVIER.—Tú también.

SATURNINO.—Pero yo soy libre, y tú... ¡Buenas lágrimas le has costado a la infeliz de tu mujer!

JAVIER.—Cierto... ¡Muchas! Pero créemelo tal como te lo digo, como si me confesara. ¡Mi único amor es Alejandrina!

SATURNINO. — Haciéndolo compatible con dos mil devaneos.

JAVIER.—Compatible... o monstruoso. ¡No lo sé! Pero sé que era algo superior a mi voluntad. Cien veces tuve los propósitos de enmienda más sinceros y más firmes...; pero en cuanto veía a una mujer, sin vacilar... ¡Sin vacilar, tras de ella!

SATURNINO.—¡Diantre con tus propósitos firmes!

JAVIER.—Inmediatamente después me daba ira y coraje contra mí mismo; pero inmediatamente antes..., ¡como un loco! Debe ser algo de mis nervios, de mi organismo, de mi naturaleza...

SATURNINO.—¿Ves? Como yo. No resistes la Naturaleza.

JAVIER.—Comprendo que es deplorable... Pero comprendo que no lo puedo vencer y que manda en mí.

SATURNINO.—¿E interesarte de corazón por alguna?

JAVIER.—Nunca; por ninguna. Alejandrina nada más, y Alejandrina siempre.

SATURNINO.—Bueno... ¿Y gustarte aún?

JAVIER.—También, más que ninguna. Pero como pase otra, menos que la otra. ¡Es algo raro, inexplicable!... Alejandrina me gusta siempre, y las demás no me gustan sino un momento... Pero ese momento me gustan todas más que Alejandrina.

SATURNINO.—¿Todas?

JAVIER.—¡Todas!

SATURNINO.—Pues son bastantes...

JAVIER.—Y ahora, explícame tú esto si puedes. Soy razonable, discurro bien, no dejo de ver las consecuencias gravísimas que puede acarrearme una aventura, y tengo un miedo horrible a poner en peligro la paz de mi casa y el amor de Alejandrina. Bien...; pues cruza otra mujer, e instantáneamente ya no me importa un bledo el hogar, ni la familia, ni las consecuencias de lo que pueda venir..., ¡ni nada ya! Esto una vez, por una pasión..., explicado; pero todas las veces, por quien no me interesa y hasta por quien desprecio después de lograda... ¡Explícamelo tú, explícamelo! No importarme ninguna de las que consigo, y volverme loco por las que no consigo. ¡Explícamelo!

SATURNINO.—Yo, ¿qué te voy a decir?... ¡Me complicas mucho el campo, Javier!

JAVIER.—Y cuando me dan esas locuras, esas fiebres, debían tenerme lástima.

SATURNINO.—¡Hombre!...

JAVIER.—Lástima, sí; porque entonces no soy yo, es otro hombre que se mete dentro de mí, que es más fuerte que yo, que me paraliza todos los buenos sentimientos y me pone en marcha de pronto a todas las malas pasiones. ¡Y ya estoy andando hacia el mal!... Pero no soy yo, Saturnino, no soy yo. Es el otro...

SATURNINO.—¿Y que el otro responda? Buena teoría.

JAVIER.—Mira. Yo comprendo que en esos momentos me cojan, me amarren, me golpeen sin piedad... Pero que me dijeran una mala palabra, no; no lo comprendería, por injusta.

SATURNINO.—Puede que sea así; pero has de convenir en que resultará un poco difícil que alguien te sepa en una de esas andanzas mujeriles, y se diga: "¡Pobre Javier, lo que se estará divirtiendo!..."

JAVIER.—No me entendéis..., ni me entiendo yo mismo.

SATURNINO.—¿Y cómo es que tú, mejor dicho, cómo es que el otro se resigna a vivir en una aldea?

JAVIER.—Eso sí que es sencillo. Porque los mé-

dicos aconsejaron imperiosamente una estancia larga para Leopoldo, y tratándose de la salud suya, no vacilé ni un momento.

SATURNINO.—El padre hace perdonar al marido.

JAVIER.—Pues al marido lo vas a ver ahora. Se repuso el muchacho; pero cada vez que inicio el tema de regresar a Madrid, mi mujer no me contradice; me mira nada más...; y yo leo en sus ojos tanta inquietud y tanta angustia, que me falta valor para seguir esa conversación.

SATURNINO.—Eso es muy cuerdo, tanto, que no parece tuyo.

JAVIER.—Los años calmaron un poco mis nervios, y casi me felicito de que no se pongan a mi alcance las aventuras. Veo al muchacho contento, a la mujer, confiada y amorosa... Y como yo quiero tanto a Alejandrina...

SATURNINO.—Ya sé, ya sé...

JAVIER.—Pues dejo correr las fechas en esta santa paz.

SATURNINO.—Admirable. Pero Leopoldo ha de estudiar y ha de encarrilarse para algo...

JAVIER.—Indudablemente; sólo que para eso tenemos que ir a Madrid... Y a Madrid no me lleva mi mujer ni a tres tirones.

SATURNINO.—Podía haber una solución: que os pusiera a los dos en el mismo colegio.

JAVIER.—Te juro que hoy se puede confiar en mí.

(Se oye dentro ruido de lucha, alguna voz fuerte y alguna silla que cae.)

SATURNINO.—¿Qué es?

JAVIER.—¿Qué ocurre? *(Mutis foro.)*

SATURNINO.—Pero ¿qué es? *(Mutis foro.)*

ESCENA V

ALEJANDRINA, por izquierda; luego, por foro, JAVIER, SATURNINO y LEOPOLDO.

ALEJANDRINA.—¿Qué pasa ahí?... ¿Qué pasa?

JAVIER.—Nada ya.

ALEJANDRINA.—Pero ¿qué fué?

LEOPOLDO.—Nada de importancia, mamá. Que ese barbarote del Cuatrodedos ha venido a convidarme para que fuéramos de montería, y yo le he contestado que con él no iba.

ALEJANDRINA.—¿Por qué?

LEOPOLDO.—Porque el invierno pasado le cortó una pierna a una jabalina.

JAVIER.—Aunque cobraras tú la res, no hay para tanto rencor.

LEOPOLDO.—¡Si es que estaba viva, que la cogimos sin herir, papá!

JAVIER.—¡Ay, qué bárbaro!

LEOPOLDO.—Que la hubiera matado antes, pero descuartizarla viva... ¡Eso es de mala entraña!

ALEJANDRINA.—Tienes razón para no ir con él. ¡Es un salvaje!

LEOPOLDO.—Y porque le reproché su conducta tuvimos entonces unas palabras, pero había más gente y quedó la cosa así. Ahora ha vuelto, y porque le dije que ni hoy ni nunca, me replicó una grosería... y le sacudí de firme.

JAVIER.—Eso ya no estuvo bien.

LEOPOLDO.—¿Me iba a desafiar con un gañán?

ALEJANDRINA.—¡Ay, no; desafiarte, no; con nadie!

JAVIER.—No.

LEOPOLDO.—Pues, entonces, no me quedaba más camino que el de arrearle; porque el otro, el de aguantarme, ¿no me lo aconsejarás tú?

JAVIER.—No.

SATURNINO.—Mi sobrino, el vizconde del Valle de Oro, tiene razón por encima de la punta de los pelos. Lo dice su tío, Saturnino Pico, marqués del Pico de la Rada.

ALEJANDRINA.—Y todos.

SATURNINO.—Que se enteren de que los señoritos llevan las manos para algo más que para los guantes.

ALEJANDRINA.—Pero él, ¿te habrá pegado también a ti?...

LEOPOLDO.—¡Naturalmente! Si él no me hubiera pegado, no podría yo haberos dicho que le di varios golpes.

ALEJANDRINA.—No sé por qué...

LEOPOLDO.—Mamá... El segundo no lo doy yo a quien no me responda en el primero.

SATURNINO.—¡Bravo! Mi sobrino, el Cid, vuelve a tener razón. Quedas autorizado para darme un sablazo en metálico, Leopoldote.

LEOPOLDO.—¡Gracias, tío Nino!

ALEJANDRINA.—¿Y te hizo daño, te lastimó?

LEOPOLDO.—Nada, mamaíta, nada.

SATURNINO.—Ese Cuatrodedos no es aquel de la historia de la... ¿Cómo se llamaba, tú?

JAVIER.—¿La Josefa? ¿La Serranita?

SATURNINO.—Esa.

JAVIER.—El mismo. Otra animalada, sólo que de otro género.

SATURNINO.—¡Buena fué! Porque la mozuela no le hacía caso, se acompañó el Cuatrodedos de otros rufianes de su calaña; sorprendieron una noche a la Serranita y la desnudaron a viva fuerza, dejándola después amarrada al tronco de un árbol. Sin saberlo ni sospecharlo siquiera reprodujeron una página del Romancero.

ALEJANDRINA.—¡Valientes sinvergüenzas! Estos y los del Romancero.

LEOPOLDO.—¡Gran hazaña fué la suya! *(Suavemente.)* Pero no repitas tú esa historia...

SATURNINO.—¿Por qué?

LEOPOLDO.—Por si es mentira.

SATURNINO.—No lo es.

LEOPOLDO.—Entonces, para que haya una boca menos a repetirla..., y para causarle menos daño a esa pobrecita en su buen nombre.

SATURNINO.—¿Qué daño vamos a causarle? ¡Si es una aldeana, Leopoldo!

LEOPOLDO.—Lo será...; pero eso no varía en nada la cuestión. ¿No es mujer? Pues ya es sagrada.

ALEJANDRINA.—Dices muy bien, pero muy bien; y así te quiero yo siempre, con esa rectitud de pensamientos.

SATURNINO.—*(Aparte, a* JAVIER.)—Está en defenderlas todavía, pero disculpémosle porque aun no sabe lo delicioso que es el atacarlas.

ALEJANDRINA.—Saturnino...

LEOPOLDO.—¿Qué dijo?

JAVIER.—Nada...

SATURNINO.—Poco... Pero algo era, porque en el fondo, y a través de la broma, había la sana intención de prevenirte contra tu propia sensibilidad.

LEOPOLDO.—¿Prevenirme de sentir con nobleza?...

SATURNINO. — De exagerarla cándidamente. Crees en demasiadas cosas con excesiva credulidad, y luego, por desgracia, te has de encontrar

con que no son así... ni mucho menos. La Patria no es...

LEOPOLDO.—No sigas...; por favor, no sigas. ¿Qué vas a enseñarme? ¿Que la Patria no es tan indiscutible y tan augusta como yo me la figuro? ¿Que el honor no es tan rectilíneo ni tan respetado por todos como a mí me lo inculcaron? ¿Que las mujeres no son todas tan buenas y tan merecedoras de vuestros homenajes como yo me las imagino? ¿Eso? ¿Eso es lo que vas a enseñarme? ¡Pues eso no lo quiero yo aprender, tío Saturnino! ¡Aunque exagere, aunque delire, aunque mañana me desengañe totalmente, hoy por hoy va mejor con mis entusiasmos y con mis arrestos juveniles el creer ciegamente en la honradez, en la bondad y en la pureza de todos los demás!

SATURNINO.—Allá tú...

LEOPOLDO.—¿No es así, madre?

ALEJANDRINA.—Así es, hijo.

SATURNINO.—Allá vosotros...

LEOPOLDO.—Me queda mucho tiempo todavía para rectificarme... y para amargarme. ¿No es así? Pues déjame ahora disfrutar de estas mentiras..., por si acaso después no valen tanto como ellas las verdades que me encuentre por el mundo.

SATURNINO.—Allá tú...

LEOPOLDO.—Y perdona que te lo haya dicho, tío Nino. *(Mutis por foro.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos LEOPOLDO.

ALEJANDRINA.—Tiene el alma muy grande y muy hermosa.

JAVIER.—Pedazos de la tuya.

ALEJANDRINA.—Pero, en cambio, el genio es pronto por demás.

JAVIER.—Pedazos del mío, ¿eh?

ALEJANDRINA.—Puede ser. ¿Qué extraño sería que de los dos sacara algo?

SATURNINO.—Lo natural sería... Pero aun reconociendo las excelentes cualidades del muchacho..., ¿es razonable el consentirle esos apasionamientos?

ALEJANDRINA.—¡Sí, sí! Que sueñe hoy: ya despertará mañana.

JAVIER.—¿Pero de qué modo? ¿Con un gran porrazo que le dé la vida?

ALEJANDRINA.—De todas maneras, se los ha de dar...

SATURNINO.—Cierto... Pero no es lo mismo caer de las nubes que tropezar y caer a ras del suelo.

ALEJANDRINA.—Claro que es más caída, pero también es más airosa.

SATURNINO.—Fantasías. Caer no es airoso

nunca... Y si has de rodar por el atajo, pídele a Dios que sea bajo.

ALEJANDRINA.—¡Yo, no! Que viva muy alto y que piense muy en grande. Cuanta más rienda libre le dé al espíritu..., ¡mejor!; y cuanto más refrene y desprecie lo material..., ¡mejor aún! Que no quiero que viva como un gusano por no exponerlo a que caiga alguna vez como un león. Y si ello ha de ser forzosamente, si no lo podemos evitar, prefiero que lo destrocen de un tiro y no de un pisotón.

JAVIER.—*(Cogiéndola de la cintura.)*—¡Buen apoyo buscabas tú con ésta! Si el chico es romántico, la madre es soñadora.

ALEJANDRINA.—A veces...

JAVIER.—Te lo digo en alabanza.

ALEJANDRINA.—Entonces, lo soy. Y quiero serlo para ti.

JAVIER.—Anda, vamos a ver qué has dispuesto...

ALEJANDRINA.—Vamos... La vida es tan prosaica, que necesita mucho de las exaltaciones para idealizarla un poco.

JAVIER.—Para eso a mí me basta con tenerte al lado.

ALEJANDRINA.—Pues bien me tienes, que bien tuya soy.

JAVIER.—Y yo tuyo.

ALEJANDRINA.—*(Sonriendo.)*—Mejor, mejor...

(Mutis, abrazados, por izquierda.)

SATURNINO.—¡Qué verdad es que en cada hombre hay dos hombres! Por lo menos, dos...

ESCENA VII

SATURNINO; TOTORO, por foro.

TOTORO.—Y el primito, ¿dónde anda?

SATURNINO.—¡Cumpliste bien el encargo de traerle!

TOTORO.—Subí, recitaba, me hizo sentar para escucharle... ¡y ésa fué mi perdición!; me quedé dormido como un santo al dulcísimo arrullo de una oda. ¡No creía yo que fueran tan eficaces para eso!

SATURNINO.—Dejemos la poesía. Tengo que reñir contigo muy severamente.

TOTORO.—Lo que quieras, papá.

SATURNINO.—¡Muy severamente!

TOTORO.—Bueno. Haz favor de un cigarro.

SATURNINO.—¿Te parece correcto el empezar una reprimenda ofreciéndote un cigarro?

TOTORO.—¿Y por qué no? ¿Qué relación tiene? Y de ser algo es una circunstancia halagüeña, porque demuestra mi buen comportamiento.

SATURNINO.—¿Lo demuestra...?

TOTORO.—¡A ver! Si te los pido es señal de que no te los cojo.

SATURNINO.—Mirado así no tiene réplica. Tómalo.

TOTORO.—Y ahora ríñeme, papá.

SATURNINO.—Estoy enojado por tu proceder en esta casa, para nosotros de tantísima consideración, y espero que respondas lealmente.

TOTORO.—No lo dudes, que ya sabes que a ti no te oculto nada. Como me preguntes, lo bueno y lo malo te contesto, que a esa franqueza me acostumbraste desde muy pequeño, y yo estoy orgulloso de que mi padre sea mi mejor amigo, como lo fué siempre y lo será para mí aunque me caiga de viejo.

SATURNINO.—Así quiero que sea.

TOTORO.—Encuentro admirable, a los veinticuatro años, poderle contar amistosamente una picardía al padre... y a los cincuenta años humillar todavía la cabeza porque el padre se incomode.

SATURNINO.—Buenos camaradas, sí. Hay que bajar un poco en austeridad y en sermoneos; pero, en cambio, los hijos suben mucho en confianza y en sinceridad. No se les evitan así todos los peligros..., claro..., pero se puede salir al encuentro de los más graves..., y eso ya es muchísimo. *(Sonriendo.)* Bueno, vamos a reñir. Me dicen que

andas al retortero de una de las muchachas de aquí.

TOTORO.—Es verdad. ¡Pero si la vieras! Una criatura estupenda, espampanante... Buena moza, regordetilla, con unas líneas y unas curvas y unas...

SATURNINO.—¡Detalles no! ¡Detalles no, Totoro, que de ti no los puedo escuchar decorosamente!

TOTORO.—Pues, en resumen, es verdad.

SATURNINO.—¿Y no te das cuenta de lo indelicado que es aquí? ¿No comprendes tú mismo que eso está muy mal hecho en esta casa?

TOTORO.—Sí, papá, y por eso nos vamos fuera siempre. De paseo.

SATURNINO.—Pero con una persona de la casa, y ahí está lo feo de la acción, dando motivo a que te censuren.

TOTORO.—¿Quién?

SATURNINO.—Uno: el duque mismo.

TOTORO.—A ver si es envidia.

SATURNINO.—Totoro... ¡te prohibo en absoluto el acertar! Y no desviemos la cuestión. Hay que concluír eso.

TOTORO.—Pero, papá de mi alma, si es un encanto, una delicia, ¡una monada de mujer!

SATURNINO.—La rubita...

TOTORO.—No, la morenaza, la de los ojazos.

SATURNINO.—¡Caray, qué suerte! Vamos, qué suerte tan desgraciada la de esa pobre criatura...

Pero, en fin, por mucho que te cueste, yo no puedo tolerar que eso continúe y tengamos un disgusto. Hay que terminar, Totoro.

TOTORO.—Lo que tú mandes...

SATURNINO.—¿Lo prometes?

TOTORO.—Lo prometo. *(Aparte.)* ¡Quia!... *(Hace el gesto, pero sin decir la palabra.)*

SATURNINO.—Gracias por tu promesa. *(Aparte.)* ¡No la cumple, no...! *(A igual que* TOTORO.) Y me fío de ti, hijo.

TOTORO.—Ya puedes, papá... *(Mutis por derecha.)*

ESCENA VIII

ALEJANDRINA, por izquierda; luego, por foro, LEOPOLDO; luego, por foro, MARYSOL.

(ALEJANDRINA *entra, coge un libro y se sienta.)*

LEOPOLDO.—¡Mamá!, ¡la prima Marysol! ¡Es preciosa, mamá!

ALEJANDRINA.—No lo dudo.

LEOPOLDO.—¡Tiene unos ojos de buena, y una voz de cariñosa!

ALEJANDRINA.—*(Levantándose y riendo.)*—Una inteligencia privilegiada y un corazón de

oro...; ¡y todo eso lo has visto tú con medio minuto de mirarla apeándose de un *auto!*

LEOPOLDO.—He hablado con ella un rato, saludándola...; pero hay fisonomías que no engañan, y con ellas la primera impresión es la definitiva.

ALEJANDRINA.—La impresión, sí... ¡Ese es tu defecto!

LEOPOLDO.—Ven a recibirla, ven, que yo adelanté para anunciarla...

ALEJANDRINA.—Con mucho gusto.

LEOPOLDO.—¡Ya está ahí! *(Escapa por foro y vuelve trayéndola de la mano. Sin soltarse, ella se inclina un poco, y él hace una gran reverencia.)* Mamá... Marysol.

ALEJANDRINA.—*(Que se detuvo, aunque avanzando a pasitos, para no recibirla en el pasillo.)*— Bien venida. *(Se abrazan.)* ¿Cómo no avisaste?

MARYSOL.—Te puse un telegrama. Ya lo recibirás mañana o pasado.

LEOPOLDO.—Así es mejor todavía. Fué llegada... y aparición.

(MARYSOL *lo mira, se ríe y hace una reverencia.)*

ALEJANDRINA.—¿Y tu equipaje?

MARYSOL.—Ya lo dispuso todo el primito, haciéndome los honores de la casa al bajar del *auto.*

Y después el mayor, el de prevenirte de que llegara.

ALEJANDRINA.—¿Vienes sola?

MARYSOL.—Con la doncella. Perdóname los trastornos que te origine... y sobre todo el atrevimiento de haberte pedido hospitalidad.

ALEJANDRINA.—De nada, mujer.

MARYSOL.—Ya sé que no es lo acostumbrado, pero vi claramente que por cartas no adelantaría un paso en mis deseos..., ¡y tengo una ilusión tan grande por conseguirlos, que no titubeé para venir personalmente a suplicarlo!

ALEJANDRINA.—Has hecho perfectamente.

MARYSOL.—Por el pequeño más que por mí...

ALEJANDRINA.—¿Cómo está?

MARYSOL.—Muy bien. Un lucero.

LEOPOLDO.—Nació de estrella... ¡Lo de lucero es derecho propio!

MARYSOL.—¿Madrigales? Yo los adoro.

LEOPOLDO.—Yo los vivo.

MARYSOL.—Eso es más.

ALEJANDRINA.—¿Quieres descansar o arreglarte...?

MARYSOL.—Quitarme el sombrero y los guantes...

ALEJANDRINA.—Pues ven.

MARYSOL.—No te molestes tú para guiarme al cuarto nada más. Hoy tengo un gentil caballero a mis órdenes.

ALEJANDRINA.—*(Sonriendo.)*—Pues que él te acompañe.

MARYSOL.—¿El camino, caballero?

LEOPOLDO.—Por aquí, prima y señora.

MARYSOL.—*(Abrazándole.)*—¡Es un chiquillo adorable!

LEOPOLDO. — *(Ofendido.)* — ¡Un chiquillo no! Veinte años.

MARYSOL.—Perdonad, señor vizconde.

LEOPOLDO.—Pero si te agrado más teniendo menos, ni veinte, ni diez... ¡Aun he nacido ahora para ti!

MARYSOL.—Ya nos pondremos de acuerdo en eso. Guíame. *(Mutis por izquierda.)*

(ALEJANDRINA *los mira ir, sonriendo, halagada, de la gentileza de su hijo. Después se sienta con el libro.)*

ESCENA IX

ALEJANDRINA; JAVIER, por izquierda. JAVIER entra, coge una revista y se sienta alejado.

ALEJANDRINA.—Marysol ha llegado.

JAVIER.—*(Encogiéndose de hombros.)*—Bien... *(Empieza a leer, pero inmediatamente lo deja y se abstrae.)*

ALEJANDRINA.—*(Que lo observa a hurtadillas.)* ¿Estás triste, Javier...?

JAVIER.—No...; pero sin estarlo, hay algo en el ambiente que es tristón y que enerva.

ALEJANDRINA.—¿Hoy?

JAVIER.—Hoy y siempre a estas horas del invierno, cuando cae la tarde muy temprana y se avecina la noche interminable.

ALEJANDRINA.—*(Sonriendo, amargada.)*—¡Ah!...

JAVIER.—Desde que anochece hasta el momento de comer en familia... es una eternidad. No cae la tarde solamente...: ¡se cae el alma también! Y recordando que en las grandes ciudades ésta es precisamente la hora de la mayor animación..., sin poderlo remediar siente uno la nostalgia de la hora.

ALEJANDRO.—Lo comprendo.

JAVIER.—Es la hora clásica de las tertulias, del Congreso, del Casino...

ALEJANDRINA.—Y de la traición.

JAVIER.—*(Suave.)*—Alejandrina...

ALEJANDRINA.—La hora en que las gentes formales cometen sus locuras, y después, vuelven reposadamente a la formalidad.

JAVIER.—¿A qué viene eso ahora?

ALEJANDRINA.—A completar tus pensamientos.

JAVIER.—*(Se ensombrece un instante, pero en seguida sonríe, se levanta y va al lado de* ALEJANDRINA.)—¿No eres feliz? ¿No cuentas con mi cariño?

ALEJANDRINA.—Sí.

JAVIER.—Pues entonces, ¿qué más pides, teniendo las dos cosas juntas?

ALEJANDRINA. — Separadas, Javier, separadas. Cierto que el amor se parece mucho a la felicidad, muchísimo; pero amor y felicidad no son dos cosas que vayan juntas indefectiblemente.

JAVIER.—¿Tienes alguna queja de mí?

ALEJANDRINA.—Ninguna. Es decir, ninguna desde hace cuatro años que vivimos aquí.

JAVIER.—*(Zalamero.)* — Ya hemos convenido en que lo pasado se borró completamente.

ALEJANDRINA. — *(Transigiendo.)* — Completamente, sí.

JAVIER.—Y ahora sabes tú muy bien que yo no quiero más que a ti ni deseo a nadie más que a ti.

ALEJANDRINA.—Separa otra vez, separa. Estoy convencida de que me quieres y de que no has dejado nunca de quererme...; pero tus deseos..., ¡ay, tus deseos son míos como es mío el aire y la luz, porque sobra para todos!

JAVIER.—Te haces poco favor si piensas en la vida de antes, y ninguno si piensas en la de hoy.

ALEJANDRINA.—Materialmente..., ¡materialmente, sí, eres mío! ¿Pero tu imaginación adónde volará algunas veces? En tu afán por Madrid, en la nostalgia que reconoces de esas horas culpables y celestinas..., ¿qué forma tomarán tus pensamientos? Dios lo sabe... y yo me lo figuro.

JAVIER.—Ya estás desatinando para el porve-

nir... lo mismo que desatinas con frecuencia del pasado.

ALEJANDRINA.—Tú me diste motivo.

JAVIER.—Cavilaciones tuyas.

ALEJADRINA.—No. Si en lo de ayer hubieran sido equivocados mis celos, no habrías permitido tú que yo sufriese tanto.

JAVIER.—En esto te engañas también, que muchas veces se deja sufrir para castigar sospechas injustas.

ALEJANDRINA.—Ya está perdonado todo...; ¡pero decir injustas es mucho decir, Javier!

JAVIER.—Pues lo sostengo.

ALEJANDRINA.—¿No traicionaste nunca mi amor?

JAVIER.—Nunca.

ALEJANDRINA.—*(Sonriendo de tanta desfachatez.)*—Javier...

JAVIER.—¡Nunca! Lo que pasa es que vosotras le llamáis faltas de amor a las que no son más que... exuberancias de temperamento..., ¡y como si el amor, el sagrado amor, tuviera algo que ver con esas mezquindades!

ALEJANDRINA.—¿Entonces los dos años con aquella Matilde fueron... una exuberancia?

JAVIER.—Ni eso. ¡Te juro que con aquélla no! ¡Palabra de honor!

ALEJANDRINA.—¿Y lo de la Isabelita?

JAVIER.—¿Qué Isabelita?

ALEJANDRINA.—La institutriz.

JAVIER.—Menos aún. Figúrate lo que me importará esa mujer, cuando ni siquiera la recuerdo.

ALEJANDRINA.—¿No te acusa de nada tu conciencia?

JAVIER.—¿Grave? No, de nada.

ALEJANDRINA.—Vaya usted a saber lo que entenderá éste por grave...

JAVIER.—Lo que realmente lo sea. Y si en algo falté, hoy lo deploro con toda mi alma..., y tú no podrás menos de reconocer que si hubo algún extravío...—que lo niego, ¡eh!—, pero si lo hubo, fué siempre guardándote todas las consideraciones y todos los respetos que mereces.

ALEJANDRINA.—¡Qué manera tan distinta de comprender el respeto!

JAVIER.—La diferencia que va de hombre a mujer en ese terreno. ¡Enorme!

ALEJANDRINA.—Y además se lo cree...

JAVIER.—¡Naturalmente! ¡Pero hoy ya ni las sospechas se permiten! Confía en mí ciegamente, Alejandrina.

ALEJANDRINA.—Ya era tiempo, Javier. Mírate esas canas...

JAVIER.—Hay algunas, sí...; pero eso no quiere decir nada, porque cuarenta y cinco años no son la vejez, ¡caray! ¡Y además que aun no los tengo, eh!

ALEJANDRINA.—Pues tenlos..., ¡tenlos cuanto antes!, que contigo es la mejor razón.

JAVIER.—Cuarenta y cuatro..., ¡cuarenta y cuatro, eh!

ALEJANDRINA.—Sí, hombre.

JAVIER.—Y encontrándome muy sano.

ALEJANDRINA.—Mejor.

JAVIER.—Y muy bien y muy fuerte.

ALEJANDRINA.—¡Ay, no!..., ¡eso no! Digo, sí, eso sí... ¡claro! Pero cuando hace años estuviste tan enfermo, y después de los miedos y las angustias mías, por fin me dijo el médico un día: "No se apure más, señora, que no hay cuidado de ésta...", yo le contesté únicamente: ¿Y de la otra, doctor?

JAVIER.—*(Riéndose.)*—¡Muy bien!

ALEJANDRINA.—Porque entonces, desaparecido el terror a que pudieras tener una recaída en la enfermedad, empecé a tener el miedo de una recaída en la salud.

JAVIER.—Supongo que hoy no lo dirías.

ALEJANDRINA.—¿Y por qué habré tenido que decirlo antes?

JAVIER.—Mucha culpa es mía..., pero un poquito es tuya por haberte mostrado tan severa conmigo.

ALEJANDRINA.—¡Compréndelo! ¡La primera sacudida de los celos es horrible! Padece el corazón y padece la dignidad.

JAVIER.—Sí, pero hay que dominarse para atraer al que se marcha, aunque sea momentáneamente, que haciéndole odiosa la vida en casa le dais la única razón de seguir marchándose...

ALEJANDRINA.—Después lo supe...

JAVIER.—Y en la vida se va uno siempre tras del amor, bueno o malo, leal o infiel, como sea, pero tras del amor siempre.

ALEJANDRINA.—También eso lo supe más tarde. En cambio, lo aprendí bien y te perdoné todo para que volvieras a mí.

JAVIER.—Pues ya me tienes a tu lado, más sincero y más cariñoso que nunca.

ALEJANDRINA.—¡Ojalá!

JAVIER.—Y para siempre.

ALEJANDRINA.—¡Ojalá!... Pero dime sinceramente, Javier..., ¿no es un poco doloroso el quererte tanto, el quererte siempre, a ti nada más, desde chiquilla..., y no haber podido llegar a confiarme en tu cariño ni a tener un día de tranquilidad contigo hasta ahora? ¡Ahora!, cuando ya la vejez está diciéndonos a voces: ¡Eh, amiguitos, preparaos, que allá voy yo en seguida! ¡Qué locos fuimos! Ya ves que nos pongo a los dos por igual...: ¡qué locos! No hicimos caso de la suerte cuando podíamos disfrutarla íntegra, completa, absoluta..., y ahora..., ¡ahora somos restos de hombres y de mujeres afanándonos por recoger

todavía restos de ilusiones y de felicidades! Poca cosa ya, Javier.

JAVIER.—No digas eso.

ALEJANDRINA.—Pues eso es la verdad cruel. Desdeñamos las primicias... y suspiramos por las migajas. ¡De corazón te lo digo! Por bien poca cosa suspiramos ya.

JAVIER.—Por mucho aún...

ALEJANDRINA.—Eres mío...; tarde, pero eres mío... Eso es lo esencial para mí. No hablemos de nada más. ¿Un gran abrazo, Javier?

JAVIER.—Un gran abrazo.

ALEJANDRINA.—¡Ay!... Lo teníamos todo para ser felices y no quisimos... o no supimos. Un gran nombre, una gran posición social, una gran fortuna..., ¡todo! Y yo fuí a ti con una gran confianza, una gran sinceridad y una gran ilusión... ¡¡Y recordándolo no puedo menos de pensar muchas veces en lo grandes que son todas las cosas de la vida al empezarlas..., y en lo torpes que somos nosotros al empequeñecerlas después tanto!! En fin, con Dios, Javier... *(Marcha hacia derecha.)*

JAVIER.—Ve segura de mi cariño, como yo lo estoy del tuyo.

ALEJANDRINA.—Puedes estarlo.

JAVIER.—Sin que lo digas. ¡Eso se ve!

ALEJANDRINA.—Sí se ve, sí. El amor, y la clase de amor, tiene una señal inconfundible. El deseo se conoce en el afán con que busca; el capricho,

en lo pronto que se calma, y el verdadero amor...

JAVIER.—En lo mucho que dura.

ALEJANDRINA.—¡No, no! El verdadero amor se conoce en lo mucho que perdona. *(Sonriendo.)* Tienes tú razón para estar seguro de que te quiero. *(Mutis.)*

JAVIER.—*(Solo.)*—Ya es hora de que haya paz. No es ningún sacrificio para mí; ¡pero aunque lo fuera! Ella lo merece todo.

ESCENA X

JAVIER; por izquierda, LEOPOLDO.

LEOPOLDO.—Ya ha venido Marysol.

JAVIER.—Bueno.

LEOPOLDO.—¡Es encantadora!

JAVIER.—Lo será, sí.

LEOPOLDO.—¿No te lo parece mucho?

JAVIER.—Ni mucho ni poco; es, sencillamente, que no la he visto desde hace seis años y entonces era una chiquilla, que no valía la pena de mirarla para saber si era guapa o fea.

LEOPOLDO.—Pues se ha hecho una mujer admirable. ¡Y qué dulzura de carácter, qué amabilidad!...

JAVIER.—Todo le hará falta, porque hemos de pelearnos mucho.

LEOPOLDO.—¡No!

JAVIER.—¡Vaya! Yo no voy a dejar así como así que se lo lleven.

LEOPOLDO.—En la casa hay títulos de sobra. Lo menos cuatro sin rehabilitar siquiera.

JAVIER.—Porque no tenemos más hijo que tú; pero el día de mañana pueden necesitarse para los tuyos.

LEOPOLDO.—*(Abrazándole.)*—¡Siempre bueno conmigo!... Pero, mira, éste que ella pide no es tuyo en realidad.

JAVIER.—¡No lo ha de ser! Un mejor derecho indiscutible.

LEOPOLDO.—¡Desde luego! Y el favor es que no lo alegues, que no es lo mismo que desprenderse de uno que ya tuvieras.

JAVIER.—¡No, no!

LEOPOLDO.—¡Anda, papá!... ¡Y qué bien le iría a su persona! Con lo distinguida que es y lo hermosísima... ¡Marquesa de las Azucenas! La miras y te dices a ti mismo: es verdad, azucena eres y marquesa tenías que ser.

JAVIER.—¡Poeta!... Lo ves todo con ojos soñadores.

LEOPOLDO.—¿Y lo harás, verdad?

JAVIER.—Ese es otro cantar.

LEOPOLDO.—Ahí la tienes ya...

(JAVIER *frunce el ceño, disponiéndose a recibir con aspereza a la importuna;*

pero nada más que verla, y sonríe subyugado. No es la importuna ya, es la mujer, y el hombre siente de súbito la atracción eterna...)

ESCENA XI

DICHOS; MARYSOL, por izquierda.

MARYSOL.—Javier...

JAVIER.—*(Tendiéndole la mano.)*—¡Hola, sobrinita!...

MARYSOL.—¿La mano solamente?

JAVIER.—¡Y los brazos también!

MARYSOL.—No quisiera que me trataseis en extraña...

JAVIER.—Pues complacida... y yo encantado. Realmente afina mucho el gusto este perillán... ¡Estás deliciosa, Marysol!

MARYSOL.—¿A quién le agradezco el piropo?

JAVIER.—A los dos.

MARYSOL.—*(Dando una mano a cada uno.)*—Pues a los dos.

LEOPOLDO.—Yo no supe decírselo más que a él.

MARYSOL.—¿Y en mi ausencia? Aun mayor galantería..., y mayor gratitud. Ahora las dos manos para ti, primito.

LEOPOLDO.—En casa no anochece ya jamás: traes tú el sol.

MARYSOL.—En el nombre, sí. ¿Haces versos?

LEOPOLDO.—No...; pero siento dentro de mí cómo se hacen.

MARYSOL.—Yo te diré muchos encantadores...

LEOPOLDO.—¡¡Ay sí!! *(Aparte, a* JAVIER.) Es divina, ¿verdad, padre?

JAVIER.—No está mal..., no está mal.

MARYSOL.—Y la poesía contigo me indemnizará un poco de los arañazos con tu padre... *(Acercándosele y mirándole bien.)* ¿Vamos a reñir mucho, Javier?

JAVIER.—*(Mirándola aún mejor.)* — Pudiera ser que no...

MARYSOL.—*(Brincando.)* — ¡Ay, qué alegría me das!

JAVIER.—*(Sonriendo.)*—Calma, calma...

MARYSOL.—Tengo una ilusión loca..., ¡loca!, y el que no lo niegues en redondo, como yo temía, es un regocijo enorme para mí.

JAVIER.—*(En quien los ojos y la sonrisa desmienten las palabras.)*—Conste que aun no he dicho sino que veremos...

MARYSOL.—¡No puedes tú calcular mi deseo!... Y ese título, de la casa de Ferreira y de los Peranzules... ¡¡Ay!!

LEOPOLDO.—Dile que sí, padre...

JAVIER.—Veremos...

MARYSOL.—*(Abrazándole.)*—¡¡Ay, cómo te lo agradecería, Javier!!

ESCENA XII

DICHOS; ALEJANDRINA, por derecha.

ALEJANDRINA.—*(Suavemente.)*—Marysol...

MARYSOL.—*(Corriendo a abrazarla.)*—¡Ay, Alejandrina, lo bueno que es Javier! ¡Tú no sabes!

ALEJANDRINA.—No. Es natural que yo no lo sepa.

LEOPOLDO.—Tiene razón. ¡Qué bueno es papá!

ALEJANDRINA.—Muchísimo, sí.

LEOPOLDO.—Le cedió el título a Marysol.

ALEJANDRINA.—¿Lo cedió ya? ¿Lo cediste ya, Javier?

JAVIER.—Aun no dije tanto.

LEOPOLDO.—Si lo dijiste, papaín... *(A* ALEJANDRINA.) Se lo supliqué yo también.

ALEJANDRINA.—¡Ah, tú...!

LEOPOLDO.—Sí, yo. Y ha cedido.

ALEJANDRINA.—No me sorprende. Javier no sabe resistir...

LEOPOLDO.—¡Es la bondad!

MARYSOL.—*(Gozosa.)*—¡¡Es la suerte!!

JAVIER.—Es el Destino...

ALEJANDRINA.—*(Sombría.)*—No. ¡Es la mujer!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Han pasado diez días. Es de noche, después de cenar. *Toilettes* y *smoking.*

ESCENA PRIMERA

SATURNINO, haciendo solitarios de baraja; LEOPOLDO, sentado aparte; UN CRIADO, de frac, termina de recoger el servicio de café.

SATURNINO.—Leopoldo..., ¿querrás creer que hace dos días no me sale este solitario?

LEOPOLDO.—Sí te lo creo, tío.

SATURNINO.—Gracias. *(Al criado.)* Déjeme la copita de coñac. ¡Con coñac, hombre! *(El* CRIADO *vuelve, le sirve y mutis por foro.)*

LEOPOLDO. — *(Acercándose.)* — Son muy difíciles...

SATURNINO.—Este no..., pero no le da la gana de salir. ¡Al diablo el soli!

LEOPOLDO.—¿Vas a hacer algo? ¿Te molestaría mucho copiarme los versos que has dicho por la tarde?

SATURNINO.—"¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?..."

LEOPOLDO.—Esos.

SATURNINO.—Pues ahora mismo. *(Va a sentarse ante un mueble que deberá estar colocado de modo que desde el otro lado no se vea a quien escribe.)*

LEOPOLDO.—*(Llevándole la copa.)*—Y el licor para la inspiración.

SATURNINO.—Gracias; pero te advierto que los suelo firmar con seudónimo: Zorrilla.

LEOPOLDO.—José Zorrilla.

SATURNINO.—Sí...; lo he popularizado. Bueno; déjame copiar.

LEOPOLDO.—Y agradecidísimo. *(Mutis por izquierda.)*

SATURNINO.—Esto..., esto... *(Recitando.)* Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo... *(Escribiendo.)* Di... cómo... hablarte...

ESCENA II

SATURNINO; por foro, TOTORO; luego, SOLITA por izquierda.

TOTORO.—*(Coge un periódico y lo deja.)*—Ya he leído uno ayer... ¡Es muy pronto para leer otro!... *(Se sienta a echarse las cartas.)* A ver qué me sale... Contrariedades... ¡Huy!, muy serias...

¡Huy!, al principio... ¡Al principio no me importan!, por asuntos... de otros... ¡Anda, y yo que no tengo ni asuntos míos!... ¿Qué demonio querrá decir esto?... ¿Tres hombres juntos? ¡Que los frían a los tres!

SATURNINO.—Que los frían...

TOTORO.—¡Huy! Ahora sale una mujer morena... *(Viendo a* SOLITA *que entra.)*; y ahora sale una mujer rubia... *(O al revés, según la actriz.)* ¡Qué bien! ¡Las dos!

SATURNINO.—Sí, muy bien; pero a mí no me salen los versos con esa letanía que se trae el niño.

TOTORO.—Tú, preciosísima, ¿adónde vas?

SOLITA.—A guardar el estuche que me pidió antes la señora duquesa.

TOTORO.—A ver. ¡Qué lanzadera más hermosa!... Pero tú sí que eres lanzadera, y lanzadora, y encantadora, y para Totoro la mejor Totora.

SOLITA.—Tenga formalidad alguna vez, señorito.

TOTORO.—¿Quieres que te eche las cartas, Solita?

SOLITA.—No, señor. Ande, deme el estuche.

TOTORO.—¿Quieres venir conmigo a Madrid? ¡Te llevo!

SATURNINO.—¡Atiza!

SOLITA.—No, señor. Ya le he dicho a usted cien veces que no gasto bromas ni veras con usted.

SATURNINO.—Muy bien contestado... ¡Y vuel-

ve por otra! ¡Ay!... Ya mojé la pluma en el coñac... ¡Buena! Me beberé la tinta.

TOTORO.—¡No seas cardo, tú!... Cuando se hablan las cosas seriamente, se las escucha siquiera.

SOLITA.—Pues seriamente: no quiero.

TOTORO.—Seríamos la mar de felices allá en Madrid.

SOLITA.—Llévese usted a la Rosario...

TOTORO.—Esa no sirve ni para descalzarte. Y sobre todo, la que me gusta y la que yo quiero, eres tú.

SATURNINO.—¡Pero este hombre las quiere todas! Es hijo mío...; ¡no lo puede negar!

TOTORO.—¡Contesta, mujer!

SOLITA.—Deme usted el estuche.

TOTORO.—Tómalo, antipática.

SOLITA.—Mejor.

TOTORO. — *(Brincando.)* — Antipática no eres, ¡no! ¡Más preciosa!

SATURNINO.—Yo salgo a interrumpir...

SOLITA.—Y lo que usted me dice no es verdad ni hace falta que lo sea.

TOTORO.—Pide la prueba que te parezca.

SOLITA.—Déjese usted de pruebas, que nadie se las pide.

TOTORO.—Que me rechaces..., ¡bien!...; pero no por mentiroso, sino porque no te agrade.

SOLITA.—Pues por eso y por lo otro y por todo.

TOTORO.—*(Cogiéndola.)*—Solita...

SOLITA.—¡Estese usted quieto!

SATURNINO.—¡Yo salgo!... *(Se levanta con un poco de ruido.)*

TOTORO.—No seas adusta...

SOLITA.—¿Y ahora?

TOTORO.—Papá...

SATURNINO.—Hijo...

SOLITA.—¡A ver si por su culpa pierdo yo una buena casa! *(Mutis por foro.)*

TOTORO.—¿Estabas tú ahí? ¿Hace mucho?

SATURNINO.—Desde la lanzadera y la lanzadora y no sé qué de la Totora.

TOTORO.—Dispénsame papá... Comprenderás que ni sospechaba tu presencia; pero de todos modos he faltado. Dispénsame...

SATURNINO.—Hombre, Totoro, deja en paz de una vez a las muchachas.

TOTORO.—Sí, papá, sí; te lo prometo.

SATURNINO.—¡Pero de veras!

TOTORO.—¡Muy de veras!

SATURNINO.—¡Me fío, Totoro!

TOTORO.—¡Fíate, papá!

SATURNINO.—¡Pues me fío! Ya te disculpo alguna calaveradilla de faldas..., que no eres ya ningún niño...; pero hazte cargo de que aquí es muy feo...

TOTORO.—Tienes muchísima razón, muchísima; pero hazte cargo tú también de que estoy aquí..., ¡aquí, papá!..., ¡y si me quitas las de aquí, me

quitaste todas las del mundo! ¿No es lógico esto?

SATURNINO.—Sí..., pero dejémosla aparte. Con la lógica se enredan siempre más las discusiones.

TOTORO.—Pues lo que tú mandes...

SATURNINO.—Muy bien, Totorito, muy bien. Te mandaré... a Madrid. No veo otra fórmula para salvar la casa.

TOTORO.—Lo que tú dispongas. Y si puede ser, contigo..., que ya sabes que a mí me gusta mucho ir contigo...

SATURNINO.—*(Encantado.)*—Bueno, ya veremos...

ESCENA III

DICHOS; por izquierda, ALEJANDRINA y LEOPOLDO.

LEOPOLDO.—¿Acabaste esos versos?

SATURNINO.—Ahí están...; pero me parece que he colaborado con Zorrilla.

LEOPOLDO.—Me los aprendo ahora mismo. *(Mutis por foro.)*

TOTORO.—Y yo. Luego veréis a un hombre recitando. *(Mutis foro.)*

ALEJANDRINA.—Ya te figurarás que lo que hace éste es largarse...

SATURNINO.—Yo sé cuándo sale... y nada más, porque oficialmente no puedo saber cuándo vuelve.

ALEJANDRINA.—Pues te convendría...

SATURNINO.—¿Para qué? No hay modo nunca de llegar a un acuerdo en la hora que es... por la discrepancia de nuestros relojes, que ya nos sucedió el tener en el mío las cinco dadas y en el suyo aun era la una menos cuarto.

ALEJANDRINA.—Estaría parado.

SATURNINO.—El reloj, sí; Totoro, no. Y te advierto que le regalé un cronómetro magnífico, de precisión...; pero ya está visto que de noche no se puede uno fiar de los cronómetros... ni de los hijos.

ALEJANDRINA.—Quizás no sea tan malo el cuándo viene, sino el cómo viene...

SATURNINO.—¿Qué quieres decir?

ALEJANDRINA.—Algo... que me mortifica el ser yo quien te lo prevenga, pero que es un gran favor el descubrirlo, porque ahora estás muy a tiempo de corregírselo. Totoro anda de taberna en taberna.

SATURNINO.—*(Riéndose.)*—Por las tabernas...

ALEJANDRINA.—Sí.

SATURNINO.—¡Que no!

ALEJANDRINA.—¡Que sí!

SATURNINO.—¿Te consta?

ALEJANDRINA.—No arriesgaría el decirlo sin la evidencia. Lo saben todos aquí. Pregunta...

SATURNINO.—Basta. *(Toca un timbre.)* Yo te respondo de que eso se ha concluído hoy. Por buenas o por malas.

ALEJANDRINA.—Es bochornoso...

SATURNINO.—Un asco... ¡Pero se ha concluído!

ALEJANDRINA.—Y no taparlo es hacerle bien.

SATURNINO.—¿Quién lo duda?

ESCENA IV

DICHOS; SOLITA, por foro.

SOLITA.—Señorita...

SATURNINO.—Totoro, que venga.

SOLITA.—Ha salido.

SATURNINO.—Pues en cuanto vuelva, que se presente.

SOLITA.—¿Habrá que esperarle?...

ALEJANDRINA.—Sí, espérale, Soledad.

SATURNINO.—No, no aglomeremos las catástrofes. Que aguarde un criado.

SOLITA.—Muy bien. *(Mutis foro.)*

SATURNINO.—Y no te preocupes más de esta vergüenza, que mañana nos vamos.

ALEJANDRINA.—Repréndele, sí, repréndele mucho; pero no os vayáis, porque te necesito más que nunca. Esa mujer me intranquiliza...

SATURNINO.—No hay por qué.

ALEJANDRINA.—Lleva diez días aquí... ¡y ni se habla de marchar!

SATURNINO. — No puede tampoco, que sin los documentos sería igual que no haber venido.

ALEJANDRINA.—Y con el pretexto de la dichosa documentación, que Javier se cuida bien de prolongar, se pasan las horas juntos en el archivo.

SATURNINO.—No eres justa. Ayer y hoy, no tan sólo no subieron, sino que ella se negó al indicárselo él.

ALEJANDRINA.—Lo que prueba que allá arriba ocurrió algo... Y si fuera una mujer correcta del todo no permanecería ni un minuto más en la casa donde la ofenden.

SATURNINO.—¿Y perder el marquesado de las Azucenas? Hablemos en humano, Alejandrina, y no en sublime, que eso no es el pan nuestro de cada día. Marysol ambiciona ese título, y mientras no se lo concedan prodigará sus amabilidades y hará ver que no se entera de las impertinencias..., si es que las hay. Eso es lo natural, y pretender otra norma en ella te convendrá a ti, pero reconozcamos que no le conviene a ella.

ALEJANDRINA.—¿Tú no la has visto coquetear con Javier?

SATURNINO.—Y con todos. Lo natural también.

ALEJANDRINA.—Pero Javier está como loco...

SATURNINO.—Por la novedad. Vivimos aislados, y la primera mujer guapa y vistosa que ha entrado por la puerta nos revolucionó a todos. Javier se puso alegre y dicharachero; Leopoldo, como buen romántico, está enamorado; Totoro ya lo estaba antes de verla, y yo lo voy a estar si la veo

quince días más. Pero esto es una ráfaga solamente: llega, impresiona, cruza... y desapareció sin dejar rastro.

ALEJANDRINA.—¡Ojalá!...

SATURNINO.—Hoy eres tú su cariño único. Hablamos en confianza muchas veces, y tengo la seguridad de que es sincero.

ALEJANDRINA.—¿Sincero? ¡Sí! Lo es siempre. Lo malo es que cambia muy a menudo de sinceridades... No miente, no; dice la verdad; pero la verdad en él es distinta cada ocho días. Se fué con otras porque yo no le importaba, y volvió a mí porque no le importaban ellas, sino yo... Y volverá a marcharse cualquier día... Y cualquier otro día volverá a venir convencidísimo de que no quiere a nadie en este mundo más que a mí...

SATURNINO.—Ya se reconoce su gran error, y él mismo lo dice: que es bueno, que quiere ser bueno...; pero que a veces se mete otro dentro de él..., y el otro es malo.

ALEJANDRINA.—Es un modo de justificarse... Y entonces, una de las temporadas que sea bueno, voy a ver si lo sellan y lo lacran para no dejarle entradas a ese otro.

SATURNINO.—Quizás diera resultado.

ALEJANDRINA.—Y si él tiene esa debilidad y Marysol coquetea por conveniencia..., o por gusto..., o por las dos cosas juntas, no es negocio para mí el que siga mucho tiempo en casa esa persona.

SATURNINO.—Te doy toda la razón.

ALEJANDRINA.—La mujer honrada, íntegramente honrada, que ha perdonado una vez, ya sabe que ha de perdonar otras muchas...; pero puede ser que no esté demás el que aprenda también a defenderse.

SATURNINO.—¡Claro que no!

ALEJANDRINA.—Y a eso voy. Que abrevien, que abrevien.

SATURNINO.—Bien hecho.

ALEJANDRINA.—Por Javier, mucho; pero más aún por Leopoldo.

SATURNINO.—Ese lo toma más en serio.

ALEJANDRINA.—Demasiado, y a un alma tan leal no le conviene una coquetuela.

SATURNINO.—De ningún modo.

ALEJANDRINA.—Pues acudamos a tiempo. Tú mismo, ¿por qué no le haces ya alguna observación, reprendiéndole cariñosamente sus exageraciones?

SATURNINO.—Se le reprenderá cariñosamente.

ALEJANDRINA.—Arreglemos lo del hijo; que lo del padre, por desdicha, no tiene compostura.

SATURNINO.—Te equivocas, y haces muy mal en sacar las cosas de quicio, elevando a tragedias las galanterías.

ALEJANDRINA.—¿De veras crees tú que no?

SATURNINO.—De veras, muy de veras.

ALEJANDRINA.—Entonces..., ya que contigo se

expansiona, ¿por qué no le adviertes que es poco delicado y que me atormenta a mí con esas admiraciones tan excesivas hacia otra mujer?

SATURNINO.—*(Riendo.)*—Tú lo que quieres es que le riña también a tu marido.

ALEJANDRINA.—De cierta manera...

SATURNINO.—Bueno; le reñiré.

ALEJANDRINA.—Quizás tú le persuadieras...

SATURNINO.—Quizás...; pero aguarda, que voy a echar la cuenta de tus encargos. He de reñir con mi hijo, he de reñir con tu hijo y he de reñir con tu marido. Perfectamente ahora... ¡Pero a ver si luego no se me olvidará reñir con alguno!

ALEJANDRINA.—Hazlo por mí...

SATURNINO.—Lo haré. ¡Pero es fantástico esto! No hay como no tener nada que hacer para tener que hacer muchísimo en seguida.

ALEJANDRINA.—Se lo agradeceré infinito... Es una gran cosa un gran amor..., ¿verdad? Pero cuando no lo hay, también un poco de paz viene a ser una gran cosa. ¡Hazlo por mí, hazlo! *(Mutis por derecha.)*

SATURNINO.—Lo haré. ¡Muy bien! Tres peleas juntas... ¡Magnífico! Y con uno solo que se incomode y me mande a paseo... ¡hice el día! ¡Admirable! ¿Uno ya?... ¡Vamos con uno!

ESCENA VI

SATURNINO; JAVIER, por izquierda.

JAVIER.—¿Sabes lo de tu niño?

SATURNINO.—¡No me digas nada...!

JAVIER.—¡Una vergüenza!

SATURNINO.—Una vergüenza...; pero yo le pondré coto.

JAVIER.—Y no hablemos de la hazaña con la Rosarito.

SATURNINO.—¿La morenaza?

JAVIER.—La morenaza. Una criatura tan guapa, tan linda, tan preciosa..., ir a caer en manos de un títere así, de un chiquilicuatro. ¡Una verdadera lástima! ¡La pobre bien merecía una persona de cierta edad!

SATURNINO.—*(Le llama por señas, y al oído.)* ¡Ansioso!

JAVIER.—No lo digo, ni remotamente, por mí.

SATURNINO.—Lo creo. Pero, por ti, oye un recadito. Alejandrina está celosa.

JAVIER.—Lo está siempre. Y ahora no hay nada.

SATURNINO.—No es por lo que hay, sino por lo que habrá. Yo no te digo que lo dejes, porque esos consejos no se dan... para no perder el tiempo con bobadas; que si tú no vacilas ante las consecuencias del lío y de la familia y de la propia salud—que todo eso te lo juegas, y ya lo sabes—,

¡en seguidita vas a enternecerte por no disgustar a un amigo! Eso no le pasó más que al alcalde de Totana, el que se murió de pena porque le hicieron un chaleco un poco corto a un conocido suyo.

JAVIER.—¿Y entonces?

SATURNINO.—Entonces te digo lo único discreto de estas advertencias: que seas cauto, que no pregones tus propósitos y que, si al fin das la campanada, que la des con sordina y sin escándalos.

JAVIER.—Total, una broma...

SATURNINO.—Conmigo suprime las excusas, que a mí no me persuades ni me engañas. Mi obligación es advertirte de que te buscas un disgusto muy gordo. Ya estás advertido...

JAVIER.—Pues ya que te fueron con el cuento y te interesas tanto por todos, lo que debías hacer es hablar inmediatamente con Alejandrina, afeándole sus celos y sus intransigencias.

SATURNINO. — *(Levantándose indignado.)* — ¿Qué me pelee yo con Alejandrina?

JAVIER.—¡Claro!

SATURNINO.—¡Ay, no! ¡Eso, no! Tú me vas a dispensar, ¡pero yo no riño hoy con nadie más aunque me lo supliquen de rodillas!

JAVIER.—Hombre, fíjate...

SATURNINO.—*(Marchando.)*—¡No, no!...

JAVIER.—Pero, Saturnino...

SATURNINO.—¡Que no, que no, que no! *(Mutis por foro.)*

ESCENA VII

JAVIER; por izquierda, MARYSOL.

JAVIER.—Vaya una amistad...

MARYSOL.—¿Echaréis estas cartas?

JAVIER.—*(Guardándoselas.)*—Sí. Ya es hora de que aparezcas.

MARYSOL.—Escribiendo.

JAVIER.—Escapándome.

MARYSOL.—¡Qué bobada! ¿Por qué voy a escapar de una persona agradable?

JAVIER.—Podía haber caído en desgracia...

MARYSOL.—¿Qué es preciso para convencer? *(Dándole la mano.)* ¿Basta?

JAVIER.—Más alta. Un poquito más... *(Besándola, pero sin cogerla con sus manos.)* Empiezo a convencerme.

MARYSOL.—Y si aquilatáramos el buen afecto, me parece que yo perdía...

JAVIER.—¿Crees?

MARYSOL.—Segura.

JAVIER.—¿Un motivo?

MARYSOL.—¿Para qué? Aprecio mucho tus palabras, siempre cariñosas, y con las palabras me conformo... por si acaso.

JAVIER.—Los hechos serían lo mismo.

MARYSOL.—Hablemos de otra cosa.

JAVIER.—No; esto primero.

MARYSOL.—No vale la pena...

JAVIER.—Después lo juzgaré; pero ahora me llegó a mí el turno de preguntarte: ¿Qué es preciso para convencer?

MARYSOL.—¿De qué?

JAVIER.—De que me gustas, de que te deseo y de que te quiero.

MARYSOL.—*(Riendo.)*—Son muchas cosas juntas para creídas de una vez.

JAVIER.—¿Dudas de mi entusiasmo...?

MARYSOL.—Prohibido.

JAVIER.—¿De mi enorme deseo?

MARYSOL.—*(Tapándole la boca con la mano.)* ¡Prohibido!

JAVIER.—*(Cogiéndole la mano.)*—¡Qué cruel eres!...

MARYSOL.—Una arpía.

JAVIER.—En la apariencia, no; pero en el fondo, sí.

MARYSOL.—*(Pegándole suavemente.)* — Suelta.

JAVIER.—*(Cogiendo también la otra mano.)*—Para siempre las tendría prisioneras.

MARYSOL.—*(Haciendo que se pone seria y soltándose.)*—¡Vaya! Formalidad.

JAVIER.—Pues formal te digo que no hay mujer más deliciosa que tú.

MARYSOL.—Muchas gracias; pero ya tengo pruebas de lo poco que significo para ti.

JAVIER.—Todo lo contrario.

MARYSOL.—No se conoce.

JAVIER.—¿Quieres algo mío?

MARYSOL.—¡Aun lo preguntas!

JAVIER.—*(Riendo.)*—¡Ah! El título...

MARYSOL.—Mucho revolver legajos, mucho compulsar papeles; pero hasta la fecha aun no dijiste concretamente: Es para ti.

JAVIER.—Se supone.

MARYSOL.—Lo que ambiciono no me gusta suponerlo, sino tenerlo.

JAVIER.—¿Ese es tu enojo?

MARYSOL.—Nada de enojo, porque no tengo derecho ninguno y, por consecuencia, no hay agravio. Lo que digo únicamente es que eso está muy distante de toda la palabrería de afanes y entusiasmos por mí, de que haces tanta gala.

JAVIER.—¿Y si lo tuvieras?

MARYSOL.—Casi no lo creería...

JAVIER.—¿Y si lo tuvieras hoy mismo?

MARYSOL.—¿Serías capaz, Javier?

JAVIER.—Lo que yo puedo darte, y que es lo esencial, la carta de cesión firmada por Leopoldo y por mí, autorizándote además para elevarla a escritura pública cuando te conviniere.

MARYSOL.—*(Comiéndoselo con los ojos)*—¡Ay, Javier!

JAVIER.—¿Creerías entonces?

MARYSOL.—¡No había de creer!

JAVIER.—Pues hoy lo tendrás. Mi palabra.

MARYSOL.—¡¡Ay, Javier!! ¡Qué alegría!

ESCENA VIII

DICHOS; LEOPOLDO, por foro.

LEOPOLDO.—¿Has escrito mucho?

MARYSOL.—A la tía Paquita y a mamá.

LEOPOLDO.—¿Echamos nuestro ajedrez?

MARYSOL.—Con mucho gusto.

(Se sientan. JAVIER, *aparte y a espaldas de* LEOPOLDO. *Coge un libro... para mirar a* MARYSOL.)

LEOPOLDO.—Me ganarás, como de costumbre.

MARYSOL.—No será mucho mérito, porque tú casi no miras los peones.

LEOPOLDO.—Si no te contemplara un poco, los dioses me castigarían por tamaña torpeza.

MARYSOL.—Cuando vengan, si no es más que por eso, ya les diré yo que pueden volverse tranquilos.

JAVIER.—Lo probable es que ellos se queden para mirarte también.

LEOPOLDO.—¿Qué has movido?

MARYSOL.—El alfil.

LEOPOLDO.—¿Ahí? Podía matarlo fácilmente; pero ya que tus manos lo movieron, no es cosa de

que reciban mal ninguno de tu mano. ¡Vive, alfil!

MARYSOL.—¿Oíste, Javier? Porque la dama lo hizo, el caballero lo respeta. No discute si le conviene o le perjudica. Lo hizo ella, y basta para él. Eso es ser galante.

JAVIER.—Y chiquillo.

LEOPOLDO.—Lo que soy... Pero recordando las crudezas y las brutalidades con que alguna vez los hombres hablan con las mujeres, incluso para solicitar su divino favor...—favor con navaja o con látigo—, quizás a muchas mujeres les cause un poco de desencanto el que los hombres, sin dejar de portarse como hombres, se olviden en ciertas ocasiones de hablarlas como chiquillos.

MARYSOL.—A muchas.

JAVIER.—Indudablemente sería más poético.

LEOPOLDO.—Y más justo; que con ellas no se debería usar más que la forma noble de la poesía.

JAVIER.—¿Y el que no fuera improvisador?

LEOPOLDO.—Ese aun tendría más suerte, utilizando los versos bellísimos de otros, y en lugar de una conversación rastrera les regalaría los oídos diciéndoles:

«Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo...»

MARYSOL.—¿Ya los aprendiste?

LEOPOLDO.—Sí, primita...

«porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba, posada en su capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal
y al cual todas las noches a alimentar venía
la abeja, que le amaba, con miel de su panal?
¿Prefieres una historia, como la historia horrenda
de aquel que fué a su dama celoso a degollar
y su cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso a dar...?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo,
porque mi voz anhelo que te parezca tal
como la miel que daba, posada en su capullo,
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal...»

MARYSOL.—¡Qué preciosos!

JAVIER.—No son gran novedad a estas fechas...

LEOPOLDO.—Y para quien sepa amar y lo quiera decir..., ¿cómo lo dirá mejor que con las palabras de la excelsa Rosalía?:

«Ahí te va meu corazón,
que vive sólo por ti...
¡nin eu teño mais que dar
nin ti mais que me pedir!
Ahí te va meu corazón...;
si o queres matar, ben podes;
pero como ti vas dentro,
si es que o matas, tamén morres» (1).

(1) El autor se ha permitido modificar estos versos en lo necesario para que se entiendan sin vacilación por los públicos.

MARYSOL.—¡Son divinos!

JAVIER.—Son. Pero tiene más sentido de la realidad Bartrina.

MARYSOL.—¿Cuando dice?

JAVIER.—Cuando dice:

«¿Que por qué no te echo flores
después que me diste un beso?
¡Pues por eso!»

MARYSOL.—Prosa.

JAVIER.—Sí; prosa... y verdad.

LEOPOLDO.—Pero tiene otros sublimes. ¿Los traigo?

MARYSOL.—Tráelos, sí.

JAVIER.—Aunque a éste ya no lo desvirtuarán los otros.

LEOPOLDO.—*(Deteniéndose.)*—No. Pero ahí no reverencio yo al gran poeta: que no es de alabar en nadie el tener corazón, tener talento y servirse de todo eso, tan codiciable y tan hermoso, para decir una mezquindad o ponerle filigrana de encaje a una miseria. Yo, al menos, no se lo envidio, ni ellos consiguen su propósito de embellecer las fealdades: que cuando los versos envuelven y arropan a una bellaquería, no se oyen los versos... ¡Se oye la bellaquería nada más! Es como tirar flores en el fango: al mezclarse, todo es fango.

MARYSOL.—Razón tienes. Trae pronto los versos en que haya poesía.

LEOPOLDO.—Ahora mismo. *(Mutis por foro.)*

ESCENA IX

MARYSOL y JAVIER.

JAVIER.—*(Acercándose.)*—¿Qué saben de eso los muchachos?... ¡Y va a buscar lo sublime en un libro!... Poesía es el mirarte, poesía es el satinado de tu piel, poesía es que tú me digas: "Hoy"..., al preguntarte yo: "¿Cuándo?" ¿No es verdad?

MARYSOL.—Puede ser... Pero a eso creo que lo llaman verso libre...

JAVIER.—Llámenle como quieran; pero el que recita eso es el más feliz de los mortales.

MARYSOL.—Mucho decir es.

ESCENA X

DICHOS; ALEJANDRINA, por derecha; luego, por foro, SATURNINO y LEOPOLDO.

ALEJANDRINA.—*(Los mira recelosa; esforzándose por sonreír.)*—¿Estáis de secretos?

JAVIER.—De poesías... Contagiados por Leopoldo.

MARYSOL.—Pone el alma al decirlos.

ALEJANDRINA.—Y en todo.

MARYSOL.—Es cierto. Habla con tanta lealtad

y con tanto fuego, que sólo de oírle se fortifican en uno los pensamientos leales. Es casi como si arraigaran otra vez.

JAVIER.—La juventud goza de esos ternísimos privilegios. No trates más que con jóvenes, Marysol.

MARYSOL.—Seguiré el consejo...; pero no creo que la juventud esté en la infancia solamente.

ALEJANDRINA.—No. En la vejez también. Por lo menos en ciertas vejeces...

(Entran LEOPOLDO y SATURNINO.)

JAVIER.—Ahí vuelve Leopoldo... y con un refuerzo.

SATURNINO.—¿Por mí va eso?

JAVIER.—Tú eres también un entusiasta.

SATURNINO.—No a todas horas, pero también. *(Se sienta.)*

ALEJANDRINA.—Yo confieso que me gustan.

MARYSOL.—Y a mí con delirio.

JAVIER.—Me parece que es Totoro.

(SATURNINO *se levanta adoptando una actitud bastante digna.)*

ALEJANDRINA.—No seas blando con él.

SATURNINO.—En esta ocasión tendré que reprimirme para no extremar la severidad.

(Una pausa breve.)

ESCENA XI

DICHOS; por foro, TOTORO.

TOTORO.—*(Con tres o cuatro tafetanes en la cara y un parche en la cabeza.)*—¿Me llamáis?

SATURNINO.—¡Hombre, bien! ¡Muy bonito!

TOTORO.—Gracias...; pero no creía estarlo.

JAVIER.—¿De dónde vienes?

ALEJANDRINA.—Vale más que no lo diga.

SATURNINO.—La verdad, Totoro.

TOTORO.—En falta me cogiste cien veces... ¡Y las que aun te quedan, papá de mi alma!... ¿Pero en mentira? Dilo tú..., ¡dilo!

SATURNINO.—Jamás.

TOTORO.—¿Eh? Los Pico de la Rada no mentimos. Felicítame, papá, porque esta caballerosa afirmación honra a toda la familia.

SATURNINO.—La honra mucho, es innegable...; pero seguimos todavía sin saber de dónde sales hecho una lástima.

TOTORO.—¿De dónde salgo? ¿Habéis oído contar el paso heroico de Don Suero Quiñones deteniendo al ejército de Bernardo en el puente del Carpio? Pues bien; aplicadme hoy a mí el Suero. ¡Soy heroico!

MARYSOL.—¿Nada menos?

TOTORO.—Nada menos. Pico, Rada y Quiñones... sin dejar de ser Totoro.

SATURNINO.—¡¡Pero qué hiciste, Totoro Quiñones!!

TOTORO.—En la taberna del puente detuve a Bernardo, alias "Cuatrodedos", con su mesnada de jayanes.

ALEJANDRINA.—¿Una riña de taberna? Heroico, sí.

TOTORO.—Regularcete, tía Drina. Me dijeron que se jactaba de que le había zurrado a Leopoldo de lo lindo y que éste se tragara las bofetadas mansamente.

LEOPOLDO.—¡Es mentira!

TOTORO.—Me consta. Pero él va diciendo que con un señorito no tiene para empezar el "Cuatrodedos". Y yo me dediqué a buscarle.

JAVIER.—¿Por las tabernas?

TOTORO.—Si lo busco por casa de Fernán-Núñez o del Duque de Alba... ¡lo encuentro en seguida! Y como se trataba de encontrarle de veras, fuí adonde era natural que él fuese. Y al fin hoy lo pesqué y le dije: "Tú, "Cuatrodedos", de parte del señorito Leopoldo, que te dé esto..." ¡Y le di un manguzazo en la cresta que sonó como el Jazz-Band del Palace!

LEOPOLDO.—*(Abrazándolo.)*—¡Totoro!

TOTORO.—¡Madre de Dios, la que se armó! ¡El Carpio otra vez! Puñetazos, estacazos, silletazos... y una de botellazos que no se acababa nunca. Aquí, en el labio, me arrearon un metido con un frasco

de aguardiente o de ginebra... *(Pasándose la lengua por el labio para comprobar.)* De ginebra, sí... Aun sabe un poco... ¡Para aborrecer de Suiza lo menos durante un año!

LEOPOLDO.—¡¡Totoro!!

TOTORO.—Luego pasé por la botica del digno e inteligente farmacéutico de esta localidad, que me puso como nuevo con unos tafetanes elegantísimos...; y aquí me tenéis a vuestras órdenes, nobles varones, y a vuestros pies, bellas damas.

LEOPOLDO.—Es muy hermoso lo que has hecho, y si alguna vez necesitas de mi amistad, de mi vida...

TOTORO.—No te pongas trágico, tú.

LEOPOLDO.—¡Es que te lo digo de todo corazón!

TOTORO.—¿No hubieras tú procedido igual?

LEOPOLDO.—¡Yo lo hubiera matado!

TOTORO.—Y yo le puse banderillas nada más. ¡Siempre quedas por cima de mí, egregio vizconde!

JAVIER.—*(Dándole la mano.)* —Gracias, Totoro.

TOTORO.—¡Bah!... ¡Bah!...

SATURNINO.—Estoy muy orgulloso de ti, Totorete. ¡Mucho, mucho!

TOTORO.—Pues un abrazo.

SATURNINO.—¡Ya lo creo!

TOTORO.—Y lo demás demuéstramelo en dine-

ro. Comprenderás que la convalecencia tiene que ser muy costosa...

SATURNINO.—Que lo sea. ¡Aquí estoy yo!

JAVIER.—¿Me permitís que contribuya a la curación?

SATURNINO.—¡Quita, hombre!

TOTORO.—No intervengas, papá. A las generosidades espontáneas no se les debe poner obstáculos. Acepto yo en nombre de los dos, tío Javier.

JAVIER.—Es que me creo en deuda, porque yo fuí también de los que te difamaron.

TOTORO.—¿Y para qué te molestas en eso conmigo, si precisamente yo soy de los que se difaman solos?

MARYSOL.—Pero todos estamos obligados a restablecer tu buen crédito. Hoy has tenido el arranque, la acción bonita, *le beau geste.*

TOTORO.—*Croyez vous? Alors, madame, l'accolade.*

MARYSOL.—Pues vaya.

TOTORO.—¿Ni apretar un poquillo siquiera? ¡Si lo sé no lo pido!

ALEJANDRINA.—Supondrás bien lo que yo estimo y lo que aprecio tu defensa de Leopoldo... ¿Necesito decírtelo?

TOTORO.—*(Serio, inclinándose.)*—Me colmáis...

ALEJANDRINA.—Pero después de agradecerlo profundamente, por lo que demuestra de cariño y de respeto para nosotros; después..., y tal vez an-

tes, lo celebro de todas veras, enormemente y complacidísima, por lo que ha demostrado de ti mismo...: ¡que tienes alma, Totoro!

TOTORO.—¡Qué sorpresa!, ¿verdad?

ALEJANDRINA. — Alguna. Te juzgábamos un muchacho muy simpático, pero tarambana, sin atadero de formalidad e incapaz de interesarte por nada que no fueran tus caprichos o tus locuras.

TOTORO.—Lo gracioso es el lío que armáis en todo esto. ¿Qué tiene que ver el alma con mis caprichos y mis juergas? Mi alma es..., ¿cómo te diré yo que es?..., vamos..., es como mi uniforme de maestrante de Montesa.

ALEJANDRINA.—Pues no es mucho...

TOTORO.—¡No ha de ser! Llega un día solemne, me lo pongo, y voy magnífico y majestuoso y envidiado...; pero todos los días no es cosa de llevar el uniforme por las calles, que entonces lo majestuoso se tornaría en bufo.

ALEJANDRINA.—¡Claro!

TOTORO.—Y el alma igual que el uniforme. Llega una ocasión, un momento en que hay que mostrarla... ¡y allá va el alma conmigo y yo con ella! Pero en las circunstancias corrientes, insignificantes y hasta ridículas de la vida..., ¿para qué quiero yo el alma, tía Drina? Para nada... Y me la dejo en casa.

ALEJANDRINA.—*(Riendo.)*—Puede que tengas razón...

TOTORO.—Completa. Para decir una bobada de las mías de costumbre me basta con mi talento..., que no es enciclopédico, pero me basta para andar por el mundo. Para mirar a una buena moza me basta con los ojos, para comer unos langostinos me basta con la boca y para jugar al fútbol me basta con los pies... ¿Qué haría yo en el fútbol con el alma? ¡Como no fuera rompérmela!

LEOPOLDO.—Es probable.

TOTORO.—Y si a veces no hace falta y a veces sobra, porque va mal en ciertos sitios y peor con ciertas cosas..., ¡déjame quieta el alma, tía Drina!

ALEJANDRINA.—Dejada ya...

TOTORO.—Y aun puede que sea más razonable guardarla bien y encontrársela en un momento determinado, fresca, lozana y ansiosa de gallardías, que no el saberla indiferente, gastada... y probablemente asqueada, por haberla empleado a diario y para todo.

ALEJANDRINA.—Dices bien, y todos te damos la razón.

MARYSOL..—Todos.

TOTORO.—¿Todos?

JAVIER.—Sí.

TOTORO.—Pues como eso no me pasó nunca, ni me volverá a pasar en los días de mi vida, no quiero dejaros tiempo para reflexionar en lo maravilloso del caso... y os saludo con la más cortés de mis reverencias. A vuestras órdenes, nobles varo-

nes, y a vuestros pies, bellas damas. *(Mutis por izquierda.)*

MARYSOL.—Anda con Dios.

ESCENA XII

DICHOS, menos TOTORO.

ALEJANDRINA.—Es un gran muchacho.

SATURNINO.—Sí, sí...; pero en la calle me lo han puesto como un Eccehomo y en casa ya lo habíamos puesto nosotros como un trapo.

ALEJANDRINA.—Nos apresuramos a juzgarle.

JAVIER.—Como muchas veces nos apresuramos a juzgarlo todo.

SATURNINO.—*(Aparte.)*—¡¡Huy!! Vuelve el nublado *(A* JAVIER.) ¿Concluimos esa partida de billar?

JAVIER.—Cuando quieras.

SATURNINO.—Pues vamos a dar unos tacazos allá... *(Aparte, a* JAVIER.) antes de que empiecen los tacazos aquí.

JAVIER.—¿Por qué?...

SATURNINO.—Y ésta apuntará las carambolas..., lo que es un modo de decir que no apuntarás nada, porque nuestras partidas no concluyen porque uno gane, sino porque el otro se revienta y se rinde.

MARYSOL.—Bueno, llevaré la contabilidad.

JAVIER.—*(Cogiéndola de la mano y atrayéndola.)*—Pero ojo a las trampas, que tienes una simpatía muy marcada por Saturnino.

MARYSOL.—Eso es cierto. Lo de las trampas, no; ni en el juego, ni en lo que no es juego.

JAVIER.—Habría que sondar un poco más ese corazón.

MARYSOL.—Ya puedes, que en mitad de la plaza lo abriría de par en par.

JAVIER.—Aprovecharé el permiso en otra ocasión. Ven. *(Y se la lleva sin soltarla. Mutis por derecha los dos.)*

SATURNINO.—Vamos. *(Mutis.)*

ESCENA XIII

ALEJANDRINA y LEOPOLDO.

ALEJANDRINA.—¿Estás nervioso, Leopoldo?

LEOPOLDO.—¿Yo? ¿Por qué?

ALEJANDRINA.—Me haces daño...

LEOPOLDO.—*(Quitando rápidamente la mano que había apoyado en el brazo de* ALEJANDRINA.*)* Sin advertirlo... ¡Perdona, mamá! Pero óyeme un secreto. *(Viendo que ella sonríe.)* ¿Lo sospechabas ya?

ALEJANDRINA.—Lo sabía...; y al hacerme daño antes, fué como si lo juraras.

LEOPOLDO.—Es adorable, ¿verdad?

ALEJANDRINA.—Nada tengo que censurar en ella..., aunque tal vez yo la hubiera preferido menos asequible con ciertas familiaridades.

LEOPOLDO.—¡No la culpes de eso!... Papá es así...

ALEJANDRINA.—Eso es, así.

LEOPOLDO.—Y le gusta esa clase de bromas... ¡Claro que, broma y todo, a otro hombre cualquiera le habría ya parado los pies en seco!... Pero a papá no.

ALEJANDRINA.—¡Claro que no! *(Riendo.)* ¡Qué desatinos dices!... *(Seria.)* Pero esa mujer no te conviene, Leopoldo... y tú puedes escoger mejor.

LEOPOLDO.—¡No puedo! La quiero con toda mi alma, y el que ya quiere no escoge: quiere nada más.

ALEJANDRINA.—Hay que reflexionarlo también... y no te conviene. Es mayor que tú, es viuda y con un hijo. Todo eso, que para un hombre no significa nada, es insuperable para tu edad.

LEOPOLDO.—No me quites la ilusión que tengo... ¡y la única que tendré!

ALEJANDRINA.—¿La única? A lo largo de la vida todas las ilusiones se cambian fácilmente por otras ilusiones. Todas, menos una: la de no morir... ¿Pero las demás?, todas, y se considera uno muy dichoso si se tiene al fin con qué cambiar.

LEOPOLDO.—Sí... Es muy posible que con los

años llegue un día en que me convenza de que nada era imprescindible y de que todo se cambiaba sin ganar ni perder gran cosa en tales cambios... Pero a esa conclusión tan amarga, ¿para qué voy a llegar en plena juventud? Sin haber sufrido todavía ni un solo desengaño, ¿para qué quieres tú verme desengañado? ¿Qué prisa te corre, madre mía? ¿Por qué ése ha de ser el final? Sí, lo será...; pero no es el principio. Y si yo estoy empezando mi vida..., ¡déjamela vivir a mí desde el principio, que tiempo me sobrará de ir al final!

ALEJANDRINA.—Pues sueña..., ¡sueña!

LEOPOLDO.—¿Que soy muy cándido? Sí, lo soy... ¿Pero ya no te acuerdas tú de lo hermoso que era el ir a todo confiadamente, sin una duda ni un recelo jamás?

ALEJANDRINA.—Sí lo era, sí...

LEOPOLDO.—Compara ese ayer con hoy, y dime entre ayer y hoy cuál es mejor, si el tener una felicidad, que ya es tuya, que te pertenece, pero siempre temeroso de que te la disputen y te la roben..., o una felicidad que no tienes todavía, que ni siquiera te la han prometido, pero a la que tú vas confiado y seguro de tenerla.

ALEJANDRINA.—¡Qué duda cabe!...

LEOPOLDO.—Pues así camino yo ahora por el mundo. Sé que voy a buscar a la mujer más hermosa y más digna. ¡Lo sé! Sé que ella ha de adorarme como yo la adoro. ¡Lo sé! Y vamos a ser

felices eternamente. ¡Lo sé! Y aunque mañana resulte mentira todo esto, hoy, sin ser nada, es una verdad tan grande para mí, que no la cambio ni por la misma verdad de que todo lo hubiera yo logrado.

ALEJANDRINA.—¿Y yo cómo voy a luchar contra una exaltación así? ¿Qué voy a hacer yo, pobre de mí? Reñir contigo... o soñar contigo.

LEOPOLDO.—¿Y tú prefieres?...

ALEJANDRINA.—Soñar, Leopoldo, soñar.

LEOPOLDO.—¡¡Pues bendita seas, mamá!! *(Mutis por izquierda.)*

ALEJANDRINA.—Que Dios te acompañe, hijo...

ESCENA XIV

ALEJANDRINA; por derecha, JAVIER.

JAVIER.—¿Por qué no vienes con nosotros?

ALEJANDRINA.—Hablaba con Leopoldo... y es preciso que hable contigo.

JAVIER.—¿Tan urgente?

ALEJANDRINA. — Tan grave. Respecto a Marysol.

JAVIER.—*(Ceñudo.)*—¿Qué tienes que decir de Marysol?

ALEJANDRINA.—Con Leopoldo.

JAVIER.—*(Tranquilizado y riéndose.)*—¡Bah!... ¡Bah!... Niñerías de él.

ALEJANDRINA.—No. Tengo el convencimiento de que no.

JAVIER.—Y ahora niñerías tuyas.

ALEJANDRINA.—No, Javier. Y si pudiera engañarme yo sola, ya no hay engaño posible después de su confesión.

JAVIER.—¿A ti? ¡Quién os hubiera oído! El poetizando y tú añadiéndole hojas secas a la llamarada de sus fantasías habréis llegado de fijo entre los dos a vestir ya con el traje nupcial vuestra quimera.

ALEJANDRINA.—¿Te burlas?

JAVIER.—¡Claro! ¿Voy a tomar como artículo de fe la credulidad tuya y la pasión de ellos?

ALEJANDRINA.—No dije que Marysol le correspondiera.

JAVIER.—Ni sería verosímil. Los niños para las niñas... y para las viejas; pero las mujeres quieren hombres.

ALEJANDRINA.—Leopoldo me preocupa: no ella.

JAVIER.—Pues no hay por qué.

ALEJANDRINA.—La adora.

JAVIER.—¡Bah!... ¡Bah!...

ALEJANDRINA.—¡Que sí, Javier!

JAVIER.—Que no, Alejandrina, que no. El aislamiento es de grandes ventajas, pero tiene este enorme inconveniente de que los entusiasmos no crecen: estallan. Y a Leopoldo, que en todo es tan

extremado, le sucede ahora eso, que se fascinó, se deslumbró, como todo el que no ha visto nunca una mujer.

ALEJANDRINA.—Y como algunos que han visto muchas.

JAVIER.—*(Una pausa breve.)*—Tal vez...; pero es menos fácil.

ALEJANDRINA.—Y el mayor peligro lo encuentro precisamente en esa fascinación de Leopoldo y en la indiferencia de Marysol.

JAVIER. — No hay peligro. En cuanto ella se marche, concluyó el asunto por sí mismo.

ALEJANDRINA.—Soy de tu parecer también. Que se marche y será el mejor remedio.

JAVIER.—Yo aligeraré el examen de esos documentos.

ALEJANDRINA.—¿Y tardarás?...

JAVIER.—Una semana... o así.

ALEJANDRINA.—Es mucho. ¿No estás en cederla el título? Pues cédeselo de una vez.

JAVIER.—En eso no hay dificultad; pero se le dió palabra de que llevaría la documentación.

ALEJANDRINA.—Mañana la arreglas.

JAVIER.—Imposible. Sube tú por gusto a ver el archivo.

ALEJANDRINA.—Pues entonces mañana le dices que es menester mayor plazo del que calculabas y que ya se los mandarás.

JAVIER.—¿Y a qué esa premura... tan desconsiderada?

ALEJANDRINA.—Por Leopoldo... ¡No des tiempo a que eche raíces profundas ese amor!

JAVIER.—Por eso no te apures, que yo le diré a ese niño que no tontee.

ALEJANDRINA.—No, así no, que si él encontrara oposición, no dándole un motivo justificadísimo, se nos exaltaría más. No, Javier, no. Que la vea marchar porque llegó naturalmente la hora de marcharse.

JAVIER.—Y yo estoy muy propicio a complacerte.

ALEJANDRINA.—Pues hazlo.

JAVIER.—Lo haré, pero sin brusquedades.

ALEJANDRINA.—¡Hazlo, Javier!

JAVIER.—De qué manera tan rara lo dices...

ALEJANDRINA.—De la manera que salió..., o de otra, como a ti te satisfaga... ¡¡Pero hazlo, Javier, hazlo!!

JAVIER.—Así no, porque nada lo justifica. ¿Será posible que tú no veas el absurdo de admitir que en diez días se haya enamorado perdidamente, irremediablemente, de una mujer?

ALEJANDRINA.—Lo que en diez puede trastornar una mujer a un hombre no me lo preguntes a mí.

JAVIER.—¿Pues a quién?

ALEJANDRINA.—A ti. ¡Pregúntatelo! Que ya

tanto la sostienes, que cualquiera diría que la guardas para ti.

JAVIER.—¡¡Acabáramos!!... No es por el hijo: es por el marido.

ALEJANDRINA.—Y si lo fuera..., ¿qué? ¿No tendría razón?

JAVIER.—No, te lo juro.

ALEJANDRINA.—Jurar, no; basta mentir.

JAVIER.—No empieces de nuevo con tus celos, tan infundados ahora.

ALEJANDRINA.—¿Lo son? Pues demuéstralo. Si a ti no te importa y a mí me intranquiliza, no vaciles tú. ¡Echala, Javier, échala! *(Colgándose de su cuello.)* Aunque fuera más buena que la bondad misma, aunque te importara menos que si tuviera cien años y aunque la busques menos que si estuviera a cien leguas..., ¡échala, Javier, échala!

JAVIER.—*(Separándola.)*—No te pongas ridícula, que nos puede ver cualquiera...

ALEJANDRINA.—¿Cualquiera? Que lo vean todos..., ¡todos! No, todos aun es poco: que lo vea el mundo entero. ¿Y qué podrán decir? ¿Que defiendo mi casa y mi marido? Pues que lo digan, que lo digan. Y si alguno me censurara, yo le respondería únicamente: "¿Vas a defenderlo tú? No, ¿verdad? ¡Pues entonces déjame en paz, que lo defiendo yo!"

JAVIER.—Bien está... Pero sin esos arranques

extremosos, que a tu edad resultan un poco intempestivos.

ALEJANDRINA.—¿A mi edad? ¿Y qué edad tengo? ¿Cuarenta años? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Mil? ¿Y que son mil años para dejar de querer lo que se quiso bien toda la vida? Para sentir pasiones y lanzarse a locuras ¡se cuenta el tiempo, sí!; pero en el querer apacible y honesto de la casa y de la familia, ¡no cuentan los años, no! Y hasta ahora no hubo todavía por el mundo nadie que fuera bastante viejo para no poder amar así.

JAVIER.—Yo no hablo de eso.

ALEJANDRINA.—Pues yo hablo de todo. Y si me dejara robar mi mayor bien, a mi propia vista, sin despedazar algo, sin clavar los dientes y las uñas en algo..., entonces sí que merecía que me dijeran: "¡¡Anda de ahí, mujer de trapo, que ni siquiera dentro de tu casa has sabido defender lo que era tuyo!!" ¡Y eso no! ¡A defenderlo voy, Javier!

JAVIER.—Cuidado cómo...

ALEJANDRINA.—Como sea.

JAVIER.—Podemos ir mal...

ALEJANDRINA.—¡Como sea!

JAVIER.—Y acabar peor...

ALEJANDRINA.—¡¡Como sea!! ¡Echala, Javier!

JAVIER.—No.

ALEJANDRINA.—¡¡Echala, Javier!!

JAVIER.—No.

ALEJANDRINA.—Pues no haces falta ya tú, que la echo yo. ¡Marysol!

JAVIER.—*(Forcejeando para impedirla gritar.)* ¡Calla!

ALEJANDRINA.—*(Con menos voz.)*—¡Marysol!

JAVIER.—¡Calla!

ALEJANDRINA.—¡¡Marysol!!

JAVIER.—*(Sacudiéndola al soltarla.)*—Pues sigue llamándola cuanto quieras, que a mí no me interesa ya verte callada.

ALEJANDRINA.—*(Marchando decidida.)*—Ahora sabremos lo que te interesa.

JAVIER.—Averígualo tú mientras yo me marcho de casa.

ALEJANDRINA.—*(Espantada.)*—¿Que te marchas?

JAVIER.—Sí.

ALEJANDRINA.—*(Suplicando.)*—Javier...

JAVIER.—Ya lo sabes.

ALEJANDRINA.—¡¡Javier!!

JAVIER.—No te quejes a nadie, que tú lo has buscado.

ALEJANDRINA.—*(Irguiéndose.)*—Bien está. Marcha. Pero yo voy contigo.

JAVIER.—*(Amenazando.)*—¡¡Alejandrina!!

ALEJANDRINA.—Yo voy contigo.

JAVIER.—¿Adónde vas tú?

ALEJANDRINA.—No lo sé ni me importa. Cuan-

do va con el marido no necesita la mujer averiguar primero adónde va.

JAVIER.—¡¡Alejandrina!!

ALEJANDRINA.—*(Empujándole, aunque él no se mueve.)*—Vamos, Javier. Vamos, vamos... ¡¡Vamos!!

TELON

ACTO TERCERO

Una mañana de sol espléndido... Han pasado tres días.

ESCENA PRIMERA

LEOPOLDO, leyendo; TOTORO, por foro.

TOTORO.—¡Chico, el día está esplendoroso!

LEOPOLDO.—Por el invierno hay muchos de una belleza incomparable.

TOTORO.—El de hoy es una maravilla. Ni una nube, ni aire, ni frío... Realmente, es imposible pedir nada mejor para echar una siesta aquí dentro.

LEOPOLDO.—¿A las doce de la mañana?

TOTORO.—¿Crees que a mediodía no se puede dormir? ¡No tienes experiencia ninguna, vizconde!

LEOPOLDO.—Eso me dicen siempre... y por todo. Pero si no te apremia el sueño, ¿quieres atenderme cinco minutos?

TOTORO.—¡Y cinco mil! Desembucha.

LEOPOLDO.—¿Qué pasa, Totoro?

TOTORO.—¿Qué ha de pasar?

LEOPOLDO.—Llevamos tres días incomprensibles. Mamá se queja de una neuralgia muy fuerte... y no despega los labios.

TOTORO.—¿Admitirás que la neuralgia es un perfectísimo derecho de todo el que tiene cabeza?...

LEOPOLDO.—Sí... Papá no habla con nadie.

TOTORO.—Respetando el sufrimiento de la esposa. Es un proceder delicadísimo.

LEOPOLDO.—Sí... Esta mañana ha venido la madre de Marysol. Se marchan por la tarde... Y estos tres días estuvo ella en la cama, enferma.

TOTORO.—Un patatús de esos de los nervios.

LEOPOLDO.—¿Con desmayo y lágrimas?

TOTORO.—Todo de lo mismo. Ya sabes que las señoras tienen el sistema nervioso de gran espectáculo.

LEOPOLDO.—¿Y por qué?

TOTORO.—Eso no lo sé yo, ni creo que lo sepan tampoco las señoras. Pero dicen que forma parte de sus encantos.

LEOPOLDO.—Pregunto la razón de esos nervios ahora. ¡Mis padres se han peleado con ella, o por causa de ella!

TOTORO.—*(Riendo.)*—¡Qué imaginación tienes!

LEOPOLDO.—¿Tú no lo crees?

TOTORO.—En absoluto que no.

LEOPOLDO.—¡Era un miedo en mí, un espanto a la riña entre ellos!...

TOTORO.—¡Pues no corres tú poco que digamos!...

LEOPOLDO.—Es que la adoro...

TOTORO.—Lo menos que se merece Marysol. Es preciosa, muy buena, muy lista; os vais a querer mucho y tendréis muchos hijos.

LEOPOLDO.—*(Protestando, pero riendo.)*—¡Totoro!...

TOTORO.—Y ya tranquilo, como debes estarlo, déjame ir a mi siesta.

LEOPOLDO.—Paséate..., o lee...

TOTORO.—No; leer, ¡no! Si quieres que hablemos mal de alguien..., a tu disposición. ¿Pero libritos? No se aprende nada en ellos.

LEOPOLDO.—Tú lo dirás...

TOTORO.—Y lleno de razón. Hará un mes..., bueno, dos meses, me prestaron una novela.

LEOPOLDO.—En dos meses una, y prestada...

TOTORO.—¿La iba a comprar? ¡También eres tú fantástico! Los libros no se compran, hombre.

LEOPOLDO.—Nosotros, sí, muchos.

TOTORO.—Porque vivís en una aldea y no tenéis a nadie; pero en Madrid se prestan. ¿Para qué sirven los libros después de leerlos... y a veces antes?

LEOPOLDO.—*(Riendo.)*—Para nada.

TOTORO.—Me la dejan... ¡No creas que un li-

brucho cualquiera! Denunciado, recogida la edición y con un proceso al autor. No recuerdo..., pero una primera firma literaria.

LEOPOLDO.—¿Cervantes?

TOTORO.—Sí... Cervantes, treinta y ocho duplicado. Pues me pongo a leerla... ¡y la concluyo indignadísimo! ¡Si yo soy el juez, le arreo diez años más de cárcel!

LEOPOLDO.—¿Y eso?

TOTORO.—¡Porque no hay derecho para escribir cuatrocientas páginas inmorales..., y no enseñarnos ninguna inmoralidad nueva!

LEOPOLDO.—Comprendo tu indignación.

TOTORO.—¡Un timo!

LEOPOLDO.—Ya lo puedes afirmar.

ESCENA II

DICHOS; MARIANA, por izquierda.

TOTORO.—*(Cogiéndole y hablando muy de prisa.)*—¡Esta es nueva! ¡Yo no la conozco! ¿Quién es ésta, tú?

LEOPOLDO.—La hermana de Marysol, que vino con su madre.

TOTORO.—¡Pues es magnífica, tú! *(A ella.)* Primita, ¿cómo te llamas?

MARIANA.—Mariana.

TOTORO.—Primita Mariana..., tu primo Totoro.

MARIANA.—¿El de Pico de la Rada?...

TOTORO.—Y el de todas vosotras.

MARIANA.—*(Riendo.)*—Muy bien...

TOTORO.—Eres simpatiquísima...

MARIANA.—Gracias...

TOTORO.—Y guapísima.

MARIANA.—Ya sé cómo las gastas, que mi marido te conoce.

TOTORO.—¿Eres casada?

MARIANA.—Sí.

TOTORO.—¡Pero tú lo eres todo! ¡Ay! ¡Qué monada de parentesco me salió de pronto! Encantado, Marianita.

MARIANA.—Tú, Leopoldo..., ¿podríamos adquirir una cubierta para el *auto?*

LEOPOLDO.—En el pueblo, sí; a diez minutos.

MARIANA.—Pues ten la bondad de mandar que acompañen al mecánico.

LEOPOLDO.—Inmediatamente.

MARIANA.—Muchas gracias. Hasta ahora. *(Mutis por izquierda.)*

TOTORO.—¡Es fenomenal, tú!

LEOPOLDO.—Sí, muy guapa. *(Marchan hacia foro.)*

ESCENA III

DICHOS; SATURNINO, por foro.

TOTORO.—Oye, papá... Dispensa, Leopoldo... *(Mutis* LEOPOLDO.) ¿Podías dejarme veinte duros?... *(Bajando la voz y haciéndole seña de que no los quiere.)* Leopoldo ha tratado de sonsacarme.

SATURNINO.—¿Desconfía?...

TOTORO.—No sabe precisar de qué..., pero ventea el peligro y los disgustos.

SATURNINO.—¿Se lo habrás negado todo?

TOTORO.—Echándolo a broma, para despistarle, porque no había manera de contestar en serio.

SATURNINO.—Hiciste bien.

TOTORO.—No hay más remedio con él, porque siempre se va a lo heroico, y si le dejamos saber la perfidia del ángel de sus amores, es capaz de plantarse de un brinco en los treinta años..., *funesta edad de amargos desengaños,* como dijo el otro.

SATURNINO.—*(Indignado.)* — ¿El otro? ¡Espronceda!

TOTORO.—¿Y Espronceda no era otro? ¿Soy yo? ¡Vamos!

SATURNINO.—Bien, bien. ¡Pero ese Leopoldo me preocupa!

TOTORO.—Y a mí.

SATURNINO.—¿Te dijo ya algo que inspire inquietudes?

TOTORO.—Por las claras, no; pero indicios de melancolía y desesperación, muchos. Anoche mismo me recitó dos poesías de sauces y una de cipreses. ¡Señas mortales, eh!

SATURNINO.—Tienes que acompañarle y que distraerle.

TOTORO.—Ya lo procuro. ¡Ay, papá! ¡Nunca te agradeceré bastante el favor inmenso de haberme hecho un hombre razonable!

SATURNINO.—*(Escamado.)*—¿A qué llamas tú razonable, Totorito?

TOTORO.—A no ser fantástico ni extremoso, y a decir las cosas por su nombre, sin apodos ni garambainas. ¿Cómo le llamamos a una langosta tú y yo?

SATURNINO.—Langosta.

TOTORO.—Pero el fantástico dice: "Camarero, sírvame usted más crustáceo."

SATURNINO.—Es la especie.

TOTORO.—También el hombre es de la especie *hóminus,* y no se te ocurre decir que ayer ha venido un *hóminus* a cobrar la *contribuciónibus.*

SATURNINO.—Gente redicha...

TOTORO.—Eso. Nosotros decimos: ¡qué flores tan bonitas!, ¡qué jarrón tan precioso!... Nada

más. ¿Y el fantástico? *Cuán gráciles se posan en el búcaro.* ¡Para tirarles el búcaro a la cabeza!

SATURNINO.—A veces dan ganas, sí...

TOTORO.—Pasa una mujer de primera, y decimos: "¡¡Huy, qué mujer!!", o la hacemos inmediatamente de la familia: "¡¡Huy, qué tía!!"

SATURNINO.—Totoro, con la familia no emplees derivaciones arriesgadas.

TOTORO.—Y el fantástico...

SATURNINO.—*(Interrumpiendo.)* — Conformes. Pero ¿a cuento de qué viene todo eso?

TOTORO.—De Leopoldo precisamente, de lo que se complica la vida por usar nombres rimbombantes. Le gusta Marysol, y si dijera que le gustaba..., ¡al pelo!... Pero dice que la ama, que la adora, que la idolatra..., y ¡patapún!, se complicó la vida.

SATURNINO.—¡Patapún, sí!

TOTORO.—Pues claro. Si ella no le idolatra, ya está desesperado; y si le idolatra, ¡ya está aviado! Y de todas maneras, a nuestro queridísimo pariente el vizconde del Valle de Oro le ha caído en su valle una montaña.

SATURNINO.—Es verdad.

TOTORO.—¿Y para qué tantas exageraciones, cuando ya está arreglado todo muy bien en esta cuestión de los amores? ¿Para qué han venido las mujeres al mundo? Para gustarnos. ¿Y para qué han venido tantas de sobra como hay?... Para escoger. ¿Qué más podemos pedir?

SATURNINO.—Tú, ya nada; pero algunos se han formado un concepto distinto del amor, y pretenden a una sola mujer.

TOTORO.—¿Para siempre?

SATURNINO.—¡Claro que para siempre!

TOTORO.—Pues me parece un abuso..., y creo que a ellas mismas no les ha de gustar el que se pongan tan pesados.

SATURNINO.—*(Para no discutir.)*—Puede ser.

TOTORO.—¿No opinas tú igual?

SATURNINO.—Igual. Y anda con Leopoldo, anda.

TOTORO.—Lo que tú mandes siempre. Ya lo sabes. *(Mutis por foro.)*

SATURNINO.—Ya lo sé... *(Sentándose.)* Este les lleva gran ventaja a todos por la vida...

ESCENA IV

SATURNINO; JAVIER, por izquierda.

JAVIER.—¡Hola, Saturnino!...

SATURNINO.—¿Has terminado de revisar los papeles?

JAVIER.—Ayer...; pero estoy más a mis anchas encerrado allá arriba.

SATURNINO.—Tú sabrás.

JAVIER.—Y Marysol, ¿tampoco se levanta hoy?

SATURNINO.—Sí, hombre; hace mucho.

JAVIER.—¿Y no sale? ¿Sigue agazapadita en sus habitaciones?...

SATURNINO.—Charlará con la madre.

JAVIER.—¿Vino la madre?

SATURNINO.—Esta mañana. ¿No lo sabías?

JAVIER.—No. *(Riendo irónico.)* De escolta..., ¡comprendido!

SATURNINO.—Y piensa regresar con ella por la tarde.

JAVIER.—Muy bien..., muy bien...; pero aun falta por saber lo que pienso yo.

SATURNINO.—No seas loco, Javier. Y ya que tuviste el buen acuerdo de no marcharte de la casa...

JAVIER.—Me marcharé cuando me convenga, pero no cuando me lo impongan, y tú comprenderás que hubiera sido una bufonada el salir peleándome con Alejandrina..., ¡y colgada de mi brazo! Eso, no. El momento ya lo escogeré.

SATURNINO.—Escógelo. En las peleas, todo lo que sea aplazar es ganar.

JAVIER.—Veremos aquí lo que se gana. Pero Marysol no se va hoy.

SATURNINO.—No disparates.

JAVIER.—Sería mucha burla, y no estoy para que se rían de mí.

SATURNINO.—Otras veces has reído tú.

JAVIER.—Pero lo de esta niña es burla de más.

Me permitió muchísimas confianzas, muchísimas; me dejó entender todo lo que yo quería, todo... Y la noche misma en que le entregué la carta de cesión del título, se concluyeron las confianzas y me dijo que yo había entendido mal en el resto.

SATURNINO.—Supongo que eso se lo entenderías bien...

JAVIER.—¡Admirablemente! Y como todo ello pasó a raíz, minutos después, de la ruptura con Alejandrina y llevando aún los nervios en tensión, le dijo a Marysol lo que se merecía..., y Marysol a gemir y a llorar..., y a desmayarse.

SATURNINO.—Ese final ya lo supimos todos.

JAVIER.—¿Y ahora verás el juego claro, eh? A enfermar, a encerrarse en el cuarto y a que venga la madre para que en mí no haya ocasión posible de abordarla... Pero conmigo no le valen las mañas. ¡Marysol no se va!

SATURNINO.—¡Javier!

JAVIER.—O se va con recuerdo para toda su vida de la burla que me hizo.

SATURNINO.—Pero, Javier, reflexiona...

JAVIER.—¿Qué puede suceder? ¿El escándalo? Ya lo dimos. ¿La tranquilidad? Ya se perdió. No te molestes, pues, con reflexiones.

SATURNINO.—*(Desesperado.)*—¡Bien..., bien..., muy bien! Estáis en vuestra casa y procedéis como os parece. ¿Queréis pelea? Pelearse. ¿Queréis mataros? Matarse... ¡Pero eso se hace sin invita-

dos, Javier! O se les previene honradamente, ¡caray! Y como en los tarjetones convidando a cenar suelen añadir: *habrá tresillo...*, *habrá poker...*, que pongan: *habrá peleas de familia.* Y el que venga, ya sabe a lo que viene: al tresillo, al *poker* o a la trifulca.

JAVIER.—Para otra vez te lo prometo.

SATURNINO.—¡¡Gracias!!

ESCENA V

DICHOS; ALEJANDRINA, por derecha.

ALEJANDRINA.—*(Como si* JAVIER *no estuviera.)*—¡Hola, Saturnino!...

SATURNINO.—No te he visto en toda la mañana...

ALEJANDRINA.—Hay días que vale más no verse...

SATURNINO.—Entre nosotros, no, que, en buena hora sea dicho, jamás tuvimos una discusión.

ALEJANDRINA.—Hablaba por mí solamente...

JAVIER.—*(Como si* ALEJANDRINA *no estuviera.)*—¿No te animas a dar una vuelta?

SATURNINO.—*(Riendo.)*—No.

JAVIER.—Como quieras. *(Mutis por foro.)*

ESCENA VI

ALEJANDRINA y SATURNINO.

SATURNINO.—Hay que templar, Alejandrina...

ALEJANDRINA.—El tono lo dará él.

SATURNINO.—No es que le disculpe, que tienes tú la razón entera.

ALEJANDRINA.—La de hoy es una razón aumentada, acumulada..., ¡encima de otras razones!

SATURNINO.—Pero en el fondo te quiere y es bueno. No diré que sea bueno ni que te quiera todo el tiempo, pero sí mucho tiempo.

ALEJANDRINA.—Sería un gran marido siempre, si no fuera a ratos el peor de los maridos.

SATURNINO.—Exacto; pero como tú eres una mujer bien equilibrada, en ti ha de estar la transigencia mayor.

ALEJANDRINA.—Y yo la observo escrupulosamente. No ha insistido en su locura y yo me porto como si no la hubiera dicho. No pienso extremar nada ni precipitar nada. Ahora, defenderme, sí, contra todo.

SATURNINO.—Bien está lo vuestro, pero no olvidéis que alguien más que vosotros puede peligrar.

ALEJANDRINA.—¿Leopoldo?

SATURNINO.—Leopoldo. Ya recela de que aquí pasa algo con Marysol..., y no sé qué efecto le producirá una medida extrema contra la mujer adorada...

ALEJANDRINA.—No, no.

SATURNINO.—Tendrías que explicárselo..., y si descubre o cree descubrir en el padre a un rival...

ALEJANDRINA.—¡Qué horror! ¡¡No, no!!

SATURNINO.—Por eso te he suplicado la noche de vuestra pelea que no hablaras con Marysol en aquel momento, en que la ira te obcecaba. Que se vaya esa mujer, pero sin violencias. Al contrario, despidiéndose ante los extraños con toda la apariencia de afecto y de cordialidad.

ALEJANDRINA.—Dices tú muy bien y lo haré. ¡Me pisoteo el orgullo y la digni...!

SATURNINO. — *(Atajándola.)* — Es poco eso ahora.

ALEJANDRINA.—Tienes razón. Muy poco. ¡Lo haré!

SATURNINO.—Y desaparecida la causa, volverá el sosiego inmediatamente para todos.

ALEJANDRINA.—¡Ojalá!...

ESCENA VII

DICHOS; MARYSOL, por izquierda.

SATURNINO.—¡Hola, enfermita!... ¿Cómo estás?

MARYSOL.—Muy bien. Un calenturón que vino y se fué sin saber cómo.

SATURNINO.—Mejor.

MARYSOL. — *(Besándola.)* — ¿Y tú, Alejandrina?

ALEJANDRINA. — *(Dominándose.)* — Perfectamente.

MARYSOL.—Mamá quiere saludarte.

ALEJANDRINA.—Cuando guste.

MARYSOL.—Pues voy.

SATURNINO.—Para eso ya sirvo yo.

MARYSOL.—Si eres tan amable...

SATURNINO.—Sí, mujer. *(Hace seña a* ALEJANDRINA *de que no irá, y mutis izquierda.)*

ESCENA VIII

ALEJANDRINA y MARYSOL.

MARYSOL.—Me dijeron que también tú anduviste mediana...

ALEJANDRINA.—No sé ya cómo anduve... *(Do-*

minándose y sonriendo.) Desearía pedirte un gran favor.

MARYSOL. — *(Contentísima.)* — ¿A mí? Pues pide, y hecho.

ALEJANDRINA.—Leopoldo te adora. ¿Eso no puede ir a nada, verdad, a nada?

MARYSOL.—No...

ALEJANDRINA.—Pues no le dejes cegar más aún. Desengáñale...

MARYSOL.—¿Cómo?

ALEJANDRINA.—Como te plazca.

MARYSOL.—No sé qué decirle...

ALEJANDRINA.—Inventa.

MARYSOL.—No sé inventar...

ALEJANDRINA. — Pues miente. *(Sonriendo.)* ¿No sabes mentir? Leopoldo es todo fuego: háblale en frío. Es todo poesía: háblale muy en prosa. Y puesto que en ti resume todas las gentilezas y todas las perfecciones, para desengañarle bien discurre algo, cuéntale algo que te haga desmerecer siquiera un poco.

MARYSOL.—¡Alejandrina!

ALEJANDRINA.—Para un hombre no desmerece una mujer más que volviéndose fea; para un niño, volviéndose mala. Y éste es el favor que te pido: que Leopoldo te pueda ver el alma fea.

MARYSOL.—¿Y dejarle con un mal concepto de mí?...

ALEJANDRINA.—Con uno solamente: bien poco es...

MARYSOL.—¿Qué quieres decir?...

ALEJANDRINA.—*(Levantándose.)* — Nada. No quiero decir nada, no quiero hablar nada, y si pudiera, querría no pensar en nada.

MARYSOL.—*(Una pausa.)* — ¿Lo de Leopoldo es preciso que sea de ese modo?

ALEJANDRINA.—Preciso..., y te lo ruego.

MARYSOL. — (*Resolviéndose decidida.)* — Pues será como tú lo pides. Contra mí, contra el buen recuerdo que hubiera querido dejarle..., pero será como tú lo pides. Te doy mi palabra.

ALEJANDRINA.—Gracias.

MARYSOL.—Pero no comprendo la exageración de ese muchacho...

ALEJANDRINA.—Es verdad. No comprendéis nunca la trascendencia enorme de la coquetería de una mujer. Como ellas van tranquilas e indiferentes, no pueden explicarse luego que alguien lo haya tomado en serio... y en trágico también.

MARYSOL.—Pasando de cierto límite...

ALEJANDRINA.—Ahí está el engaño, en el límite.

MARYSOL.—No queriendo, no se pasa.

ALEJANDRINA.—¿Y quién te ha dicho que eres tú la dueña de querer o no querer? Al empezar, sí, mandas tú, y con una palabra seca dejas plantado en firme al hombre más audaz; pero cuando

ya se juzgan con derecho para los desmanes y las osadías, unos se pararán..., y otros, no; y además te dirán, con merecida brutalidad, que después de la coquetería no te admiten la mojigatería.

MARYSOL.—Para eso está el recoger prendas a tiempo.

ALEJANDRINA.—Estará..., pero aquí no supiste recoger las prendas ni medir los tiempos.

MARYSOL. — *(Inquieta.)* — ¿Qué quieres decir ahora?

ALEJANDRINA.—Lo que dije.

MARYSOL.—*(Comprendiendo súbitamente.)* — ¿Reñisteis por mi causa?...

ALEJANDRINA.—Muy lejos fuimos..., y milagro de Dios que no fuimos más lejos todavía.

MARYSOL.—Pero yo no tengo culpa...

ALEJANDRINA.—De todo.

MARYSOL.—No.

ALEJANDRINA.—De todo, y si hubiera ocurrido más, de más.

MARYSOL.—No. Te juro que por mí no ha cruzado nunca la intención perversa de trastornar tu casa, de ganarte al marido..., de nada de eso. ¡Créeme!

ALEJANDRINA.—¿Cómo te voy a creer, si tú ya has venido con esa idea?

MARYSOL.—¡Por mi vida que no, por mi salvación!

ALEJANDRINA.—Entiéndeme. No has venido

para como acabó, pero has venido deliberadamente para como empezó. Y lo que tú debes aprender, si quieres, es que las desgracias y las desdichas están al acabar, sí; pero las torpezas y las culpas están siempre en el modo de empezar.

MARYSOL.—En mí, no...

ALEJANDRINA.—¿No? Cuando te decidiste a venir a esta casa..., ¿en qué fundabas tu decisión? ¿Qué armas traías para luchar o qué razones para convencer? *(Pausa.)* El arma de tu juventud y la razón suprema de ti misma..., ¿verdad? "Miraremos un poco al tío Javier y malo será que él no me mire mucho..."

MARYSOL.—No hice bien..., lo confieso...; pero ¿cómo había de luchar, si no?

ALEJANDRINA.—Interesándome a mí en tu favor.

MARYSOL.—¿A ti? Las mías no eran armas para ti, Alejandrina. Otras no tengo... De ti no lo alcanzaba.

ALEJANDRINA.—*(Pausa.)*—No lo alcanzabas; cierto. Es lo único en que tienes razón completa.

MARYSOL.—¿Lo ves? Hice mal, cien veces mal... Pero ¿en dónde iba a poner las esperanzas más que en mí misma? ¿En dónde? ¿En qué? Pero si en esto aciertas, en lo demás te equivocas. ¡Créeme!

ALEJANDRINA.—*(Riendo.)*—Creerte...

MARYSOL.—¡Sí! Yo me propuse lograr el tí-

tulo..., ¡nada más! ¡Ni una línea más allá, ni una! ¡Créeme, Alejandrina, créeme!

ALEJANDRINA.—¡Pero si creerte es precisamente lo que me subleva y me indigna más! Si te hubieras formado el plan de arrebatarme al marido, era una villanía, una traición..., pero era algo, ¡algo!, que lo justificabas hasta cierto punto en el capricho, en la pasión... o en lo que fuera... Pero pensar que por coquetería, por sonreír..., por nada..., se iba a difamar tu nombre, se iba a destruir mi casa y nos íbamos a destrozar el hijo, el marido y la mujer..., ¡es inconcebible, Marysol, inconcebible!

MARYSOL.—Perdóname...

ALEJANDRINA.—No se te ocurrió ni por un momento que a nosotros nos despedazabas... ¡Qué se te había de ocurrir tan poca cosa, cuando ni siquiera has mirado a que podías poner frente á frente al padre y al hijo! ¿Te enteras de la infamia, Marysol? Al padre y al hijo... ¡Pero, no; tú no pensaste más que en coquetear y en llevarte dos hombres, dos muñecos, prendidos en los vuelos de tu falda y ofreciéndote sumisos una corona de marquesa!

MARYSOL.—Perdóname..., que yo no sospeché hasta dónde se podía llegar sino después de haber llegado.

ALEJANDRINA.—¡Y por tan poco como tú de-

seabas, por tan poco, iba yo a perder tanto..., ¡tanto!, que lo perdía todo!

MARYSOL.—Perdóname...

ALEJANDRINA.—Te perdono, sí, te perdono..., pero sigo aborreciéndote.

MARYSOL.—¡¡Alejandrina!!

ALEJANDRINA.—Nadie sabrá por mí lo que ha pasado en esta casa; tu buen nombre, por mí, no recibirá una tacha..., y donde quiera que nos encontremos te saludaré y te abrazaré..., ¡pero aborreciéndote, Marysol, aborreciéndote! *(Mutis derecha.)*

ESCENA IX

MARYSOL; luego, LEOPOLDO por foro.

MARYSOL.—¡¡Alejandrina!! *(Queda un instante inmóvil, desconcertada; anda un poco y se apoya vacilante en el respaldo de una silla.)*

LEOPOLDO.—*(Después de contemplarla amoroso.)*—¿Aun andas flojilla?...

MARYSOL.—Un poco.

LEOPOLDO.—¿Qué has tenido?

MARYSOL.—Nada..., pero las mujeres nos aplanamos en seguida. No valemos gran cosa, primito.

LEOPOLDO.—Os lo parecerá...; pero algo valdréis cuando sólo con enfermar levemente nos intranquilizaste a todos.

MARYSOL.—Porque sois muy afectuosos conmigo. Marcho agradecidísima...

LEOPOLDO.—¿Pero marchas?...

MARYSOL.—¡Qué remedio!...

LEOPOLDO.—¿Pronto?

MARYSOL.—Hoy...

LEOPOLDO.—¿Hoy?

MARYSOL.—A mamá no hay quien la detenga, porque no vive sin el nieto.

LEOPOLDO.—Y tú misma sentirás impaciencia de reunirte con los tuyos. Es lógico..., pero lo siento.

MARYSOL.—Y yo.

LEOPOLDO.—Me forjaba la ilusión de que no te apartarías nunca de nosotros. ¡Un desatino! ¡Ya, ya! Pero no lo puedo remediar... ¡Desearía tener siempre a mi lado a las personas que me son gratas!

MARYSOL.—Qué bien haríamos todos en eso..., si fuera posible.

LEOPOLDO.—Hay a quien le complace variar de amistades y mudar de sitios; pero a mí, no, y si puedo vivir a mi elección, no tendré más que una casa, no conoceré más que un pueblo y no amaré sino a una mujer.

MARYSOL.—Pides muy poco..., a no ser que pidas demasiado.

LEOPOLDO.—Me gustaría que todo me fuera familiar y encariñarme con todo lo que me ro-

deara. Ya sé que hay lugares por el mundo que son maravillosos, pero yo no quisiera ver mañana sino lo que he visto hoy. Ha de ser triste el ir preguntando por todas partes: ¿y eso qué es?, ¿y ése, quién es? Donde no se conoce nada ni a nadie, debe hacernos la impresión de que va uno de advenedizo, de intruso..., a romper la calma serena de las cosas y a enturbiar la intimidad de las personas.

MARYSOL.—Por el mundo adelante, nadie se fija en nadie.

LEOPOLDO.—También eso me dolería. Ir de extraño, de indiferente, de no importa que estés o que no estés... ¡Qué horror! Y si pienso de ese modo para lo que ha de hallarse relativamente aislado de mí, calcula tú cómo pensaré de aquello que desearía llevar siempre conmigo y siempre en mí. ¿Adivinas, verdad?

MARYSOL.—Sin gran esfuerzo...

LEOPOLDO.—La mujer y el amor. ¡Ay! Ese no me lo imagino más que siendo absoluto, eterno, y tan recíproco, que me enloqueciera a mí a la par y al mismo tiempo de haberla a ella enloquecido. ¿No te lo explicas tú así? ¿No sería delicioso, magnífico, sobrehumano... el que fuera así? ¿No lo quisieras tú así? Dímelo, Marysol, dímelo... *(Alzando la mirada.)* y que los cielos oigan piadosos lo que tú vas a decirme.

MARYSOL.—*(Después de mirarle compasiva y*

comprendiendo el dolor que va a causar.)—Por fuerza tengo que explicármelo así también, cuando mi propia vida es un *roman d'amour*...

LEOPOLDO. — *(Gozoso.)* — Tu vida de hoy, ¿verdad?

MARYSOL.—Y de ayer...

LEOPOLDO.—*(Súbitamente desilusionado y sintiendo el mazazo en la cabeza.)*—De ayer...

MARYSOL.—Unos amores con un muchacho muy bueno..., ¡muy bueno!; pero un nadie para la ambición de mi familia. El, lejos; yo, sola... Hubo que resignarse..., y se desquició, se rompió, se desencuadernó la pobrecita novela de mi amor. Me lo volví a encontrar después de viuda... y lo inevitable y lo natural: nos volvimos a querer. Es lo natural, ¿verdad?

LEOPOLDO.—*(Inmóvil.)*—Sí...

MARYSOL.—Y al cumplir los dos años de mi luto nos casaremos. Irás a la boda, ¿eh?

LEOPOLDO.—Sí...

MARYSOL.—Me gustaría mucho que hicierais buenas amistades...

LEOPOLDO.—Sí, sí...

MARYSOL.—El es muy simpático, muy formal y, como tú, algo soñador...

LEOPOLDO.—Sí...

MARYSOL.—¿Me prometes ir? Pues muchas gracias, y ya te recordaré con tiempo la promesa.

LEOPOLDO.—Sí, sí...

MARYSOL.—Adiós, Leopoldo... *(Marcha lentamente, y en la puerta se vuelve.) (Hablando consigo misma.)*—Es bien triste que ni con verdades ni con mentiras sepamos cómo se ha de acertar por este mundo... *(Alto.)* Leopoldo, hombre, ni adiós me dices...

LEOPOLDO.—Sí..., sí..., adiós.

MARYSOL.—Adiós. *(Mutis lento por izquierda.)*

(Una pausa.)

ESCENA X

LEOPOLDO; por foro, SATURNINO y TOTORO.

SATURNINO.—¿Qué es eso, Leopoldete?

LEOPOLDO.—*(Que no se moverá.)*—Nada...

SATURNINO.—¿Te pasa algo?

LEOPOLDO.—Nada... ¡Que la muy falsa me dejó creer en la posibilidad de lo imposible! Ya ves que no es nada...

SATURNINO.—¿Qué dices?

TOTORO.—Yo te lo traduciré al lenguaje vulgar. Que la primita le dió cañazo, ¿verdad?

LEOPOLDO.—Sí...

TOTORO.—Para que te fíes de la DIVINA mujer. Mujer..., y gracias. *(Va a sentarse.)*

SATURNINO.—¿Te llegó mucho...?

LEOPOLDO.—¡Mucho! Pero ya estarán contentos

los míos. Se preocupaban de que yo fuera tan joven... y ya envejecí un poco; se intranquilizaban de que fuera tan cándido... y ya lo soy un poco menos. ¡Pero si esto es la experiencia, si es padecer y renegar, sintiendo un ansia loca de maldecirlo todo y escupir en todo...!, los que me quieren, los míos, ¿por qué desearían tanto que me llegara la experiencia?

TOTORO.—Vete a saber...

LEOPOLDO.—Querían que no divagase, que no soñara, que viviera en la realidad..., ¡y la primera impresión que recibo de la vida lo que me trae es un deseo inmenso de morirme!...

SATURNINO.—*(Abrazándole.)*—Vamos, vamos.

TOTORO.—Es que lo tomas muy en serio, y hay que tomarla encogiéndose un poquito de hombros. La vida seguirá siendo lo que es..., ¡indudable!, pero a ti te irá distinto. Indudable también... y mejor.

LEOPOLDO.—Lo procuraré, pero de momento no puedo. Yo tenía mis ideas vestidas con un ropaje sutil, esplendoroso y que me deslumbraba solamente con mirarlo. Ahora... Ahora me parece que las ideas se despojan, se desprenden..., ¡se desnudan!, y, al desnudarse, me demuestran que muchas ideas, sin el ropaje, no son nada..., o son grotescas, que es peor.

TOTORO.—La equivocación de buscar ideas en

la juventud. Busca diversiones y te convencerás inmediatamente de que ésa sí que es gran idea.

LEOPOLDO.—Eso es lo que habré de buscar, sí...; pero hoy me desgarra, me desconcierta el que la primera ilusión que fuí a realizar sea la primera mentira que me encuentro.

TOTORO.—Bobadas...

SATURNINO.—No te aconseja mal del todo...

LEOPOLDO.—Sí, conforme... Y no es que discuta sus opiniones, no; es que me despido de las mías. Al morir un amigo le dice uno adiós, ¿verdad? Pues no me parece demasiado, al empezar a morirse nuestras propias ilusiones, el decirle adiós también. ¡Ilusiones mías, sé que sois falsas y engañosas! Lo sé..., pero yo era mucho más dichoso no sabiéndolo..., y me da muchísima pena el tener que deciros hoy que ya lo sé.

SATURNINO.—¡Hay que ser más hombre!

TOTORO.—*(Levantándose.)*—Déjate de eso y ven conmigo por ahí.

LEOPOLDO.—No, no...

SATURNINO.—¿Aun viven esas quimeras?

LEOPOLDO.—No. Murieron..., pero las amaba. Y por las dos cosas, por morirse y por amarlas, les voy a guardar luto un día siquiera... Mañana, Totoro. *(Mutis por foro.)*

TOTORO.—Mañana...

ESCENA XI

SATURNINO y TOTORO.

SATURNINO.—Me da lástima...

TOTORO.—Claro que la da.

SATURNINO.—Es tan noble, que no comprende un engaño, y tan sensible, que, al tropezárselo, ha debido sufrir horriblemente.

TOTORO.—Bien se le nota.

SATURNINO.—Y quiera Dios que no cometa alguna locura irreparable, que todo lo temo de su carácter exaltado.

TOTORO.—Tienes razón... ¿Pero ves las consecuencias desastrosas de no querer más que a una sola mujer? ¿Las ves, papá?

SATURNINO.—Sí, hombre, sí.

TOTORO.—Parece mentira que haya personas así por el mundo, que todo lo tomen a lo trágico.

SATURNINO.—En cambio, a ésos les parecerá inverosímil que haya quien lo tome a broma todo.

TOTORO.—Y exceso por exceso, ¿cuál es mejor?

SATURNINO.—Mejor..., no sé; pero, indudablemente, lo de la broma es menos malo.

TOTORO. — *(Abrazándole.)* — Siempre estamos de acuerdo, papá.

SATURNINO.—Siempre, hijo. Y esto alguna vez

no es muy de alabar..., lo reconozco...; pero todas las otras veces es muy discreto y muy prudente; y bien vale la pena de renunciar un poco a la autoridad para conquistarse muchísimo la confianza.

TOTORO.—De acuerdo, papá.

SATURNINO.—*(Abrazándole y llevándosele.)*—De acuerdo, Totorito. Anda, ven... *(Mutis los dos por foro.)*

ESCENA XII

Por la izquierda, JAVIER y un CRIADO que trae y deja un legajo de papeles; luego, LEOPOLDO, por foro.

JAVIER.—Dígale al señor vizconde que le aguardo. *(Mutis* CRIADO *por foro.) (Revisando los papeles.)* Uno..., dos..., tres..., cuatro... y cinco. *(Los guarda en su carpeta y la ata.) (Una pausa.)*

LEOPOLDO.—¿Quieres algo, papá?

JAVIER.—Ahí está la documentación del marquesado de las Azucenas. Falta sólo una referencia de entronque con el tercer bisabuelo; pero ésa ya sabe que la puede copiar del expediente de nuestros títulos.

LEOPOLDO.—Muy bien.

JAVIER.—Y he mandado que en tu nombre le rogasen a Marysol que venga un momento,

LEOPOLDO.—¿En mi nombre...?

JAVIER.—Para que le ofrezcas la documentación.

LEOPOLDO.—¿He de ser yo?

JAVIER.—El primero que intercedió por ella, y como, además, por tu parte hay renuncia al derecho tuyo, que te lo agradezca también a ti.

LEOPOLDO.—Bastaba que lo hicieras tú.

JAVIER.—Yo le entregué ya la carta de cesión.

LEOPOLDO.—Lo que mandes...

JAVIER.—Eso.

LEOPOLDO.—Pues eso haré.

ESCENA XIII

DICHOS; MARYSOL, por izquierda.

MARYSOL.—¿Me llamas, Leopoldo?

JAVIER.—Fuí yo, pero en su nombre, porque él es quien te ha de hablar.

LEOPOLDO.—Papá dispone que te ofrezca yo los documentos.

JAVIER.—¿Quién mejor?

MARYSOL.—De todos los acepto obligadísima...

LEOPOLDO.—¿Me permites? Marysol has entrado en nuestra casa y sales de ella con un título de los Ferreira y de los Peranzules, para nosotros de gran estimación.

MARYSOL.—Y para mí.

LEOPOLDO.—Disfrútalo muchos años y que Dios te guarde, prima Marysol, marquesa de las Azucenas.

MARYSOL.—*(Abrazándole.)* — Gracias, Leopoldo.

LEOPOLDO.—*(Rechazándola.)*—No acabé todavía; no acabé. Y que Dios guarde también al señor marqués consorte de las Azucenas.

MARYSOL.—*(Herida.)*—¡Leopoldo...!

JAVIER.—¿Qué dices?

LEOPOLDO.—Lo que ella me dijo.

JAVIER.—¿Que se casa?

LEOPOLDO.—Que se casa.

JAVIER.—¿Es verdad?

MARYSOL.—Es verdad.

JAVIER.—*(Yendo a ella.)*—Mi enhorabuena cordialísima y entusiasta. *(Bajo.)* Además, tenías unas relaciones formales. ¡Eres muy canallita, Marysol!

MARYSOL.—*(Bajo.)*—¡Javier...!

JAVIER.—*(Alto.)*—Mi enhorabuena otra vez.

LEOPOLDO.—¿Mandas algo más, padre?

JAVIER.—Nada, hijo.

LEOPOLDO.—Entonces, dispensadme ya. *(Marcha hacia foro.)*

JAVIER.—*(Que, al volverse, ve marchar lentamente a* MARYSOL, *dándole un tirantazo, a media voz.)*—¡Quieta!

MARYSOL.—¡Javier...!

JAVIER.—¡Quieta!

LEOPOLDO.—*(Volviéndose rápido.)*—¿Dices algo, padre?

JAVIER.—*(Sonriendo.)*—Nada, hijo.

LEOPOLDO.—*(Después de mirarlos inquieto.)*—Pues adiós. *(Mutis lento.)*

ESCENA XIV

MARYSOL y JAVIER.

JAVIER.—*(Después de una pausa.)*—Hay que rodear y mentir para tener el honor de hablarte...

MARYSOL.—No empecemos de nuevo, Javier.

JAVIER.—Eso te lo has debido decir antes a ti misma: "No empecemos, Marysol", que ahora es tarde para salir del paso con un "Dispense usted". Yo no dispenso.

MARYSOL.—No tienes motivo para creerte con derecho ninguno.

JAVIER.—Esa ingenuidad y esa encantadora inocencia te las guardas para cuando hables con los bebés. ¡Conmigo, no, que soy ya muy talludito! Y hablemos claro. Nuestro parentesco no es gran cosa, y nuestra amistad, menos aún, porque apenas si nos tratábamos. Entonces, para ceder tan pronto a tus deseos, ¿qué he visto yo en ti? La

mujer, y nada más que la mujer. ¿Y tú? ¿Tú no has visto en mí al hombre? ¡Contesta!

MARYSOL.—Creí ver también al caballero.

JAVIER.—Entendámonos. Caballero, ¿cuál es? ¿El que concede todo y al que luego se le dice impunemente: Hasta otra vez, amiguito? No; así no soy yo caballero.

MARYSOL.—¿Pero tú no comprendes la incorrección de escucharte, de escucharte nada más, en tu propia casa y a oídos de tu propia mujer?

JAVIER.—Esas son coplas. Las ocasiones se aprovechan donde se presentan, y por eso se llaman ocasiones. Y lo del hogar es un escrúpulo bastante pueril. ¡Como si alegando que te busqué en otro sitio me sirviera de algo tal disculpa! No. Las mismas lágrimas y las mismas historias.

MARYSOL.—Sabiendo que han de venir, razón de más para evitarlas.

JAVIER.—Ahora, después de lograr, es cuando recuerdas súbitamente la dignidad propia, el hogar ajeno, etcétera. No. Ahora, no. Si era motivada la simpatía que me demostrabas, encantado, y adelante; si era fingida, conviene que te vayas enterando de que el ser coqueta y el burlarse de doscientos hombres tiene el peligro de que el doscientos uno no se conforme con la burla.

MARYSOL.—¡Javier...!

JAVIER.—Y ese uno soy yo.

MARYSOL.—Aun admitiría que les dieras un

valor muy grande a tus deseos, obteniéndolos de mi voluntad libre para ti...; pero acosarme, acorralarme, hacerme violencia cuando de ti depende algo que importa mucho; eso... ¡Eso no es enamorar, Javier; es traficar!

JAVIER.—Por el nombre no disputemos; pero si lo tuyo fué burla, no estará de más que lo mío sea imposición.

MARYSOL.—Eso no es ser leal.

JAVIER.—No... Pero dime tú: ¿qué es lo que puede haber de leal en quienes van a una traición? Nada. Pues entonces lo mismo da un medio que otro.

MARYSOL.—Es que no quiero de ninguno.

JAVIER.—No basta ya lo que tú quieras. Piénsalo un poco y dime lo que resuelves. Tú me dejarás burlado, ¡puede ser!, pero no será sin que te cueste muchas lágrimas primero.

MARYSOL.—¡Javier...!

JAVIER.—Eso sí que puedo asegurártelo yo.

MARYSOL.—¡Por caridad, Javier!

JAVIER.—¿Qué resuelves?

MARYSOL.—¡Por Dios!

JAVIER.—*(Cogiéndola bruscamente.)*—¿Qué resuelves?

MARYSOL.—Pueden vernos.

JAVIER.—Que nos vean.

MARYSOL.—Y será un escándalo.

JAVIER.—Que lo sea.

MARYSOL.—¡Javier...!

JAVIER.—*(Sacudiéndola.)*—¿Qué resuelves?

MARYSOL.—*(Desprendiéndose brusca.)* — Lo que ya está. Marcharme hoy mismo.

JAVIER.—*(Sin moverse.)*—Inténtalo. ¡Inténtalo solamente!

MARYSOL.—*(Espantada.)*—¿Qué vas a hacer?

JAVIER.—Tú lo verás.

MARYSOL.—¡Qué dirán aquí!

JAVIER.—No me importa.

MARYSOL.—¡Qué dirán los míos!

JAVIER.—No me importa.

MARYSOL.—¡Y mi nombre, mi buena fama...!

JAVIER.—Antes, antes; todo eso haberlo pensado antes.

MARYSOL.—*(Dejándose caer en una silla.)*—¡Ay, Dios!

JAVIER.—¿Qué resuelves?

MARYSOL.—Morirme...

JAVIER.—Esa no es solución.

MARYSOL. — *(Levantándose fiera.)* — ¿Pero por qué no me dejas tú marchar? ¿Por qué?

ESCENA XV

DICHOS, ALEJANDRINA, por derecha.

ALEJANDRINA.—Eso pregunto yo también. ¿Por qué no la dejas tú marchar? ¿Por qué?

JAVIER.—Esa es cuenta mía solamente.

ALEJANDRINA.—No. Dentro de casa todo es de todos; que a todos nos va mucho en lo que sea.

JAVIER.—Pero yo no estoy para explicaciones.

ALEJANDRINA.—Entonces es más sencillo todavía, porque me lo explico yo a mi manera y lo resuelvo como me parezca.

MARYSOL.—De mí dispones en absoluto.

ALEJANDRINA.—Pues voy a disponer.

JAVIER.—Yo no te doy ese derecho.

ALEJANDRINA.—Pues me lo tomo.

JAVIER.—Cuidado.

ALEJANDRINA.—¿De qué? ¿De ella? No me importa. ¿De ti? Aunque me importara sería igual, puesto que eres tú quien lo buscas y lo impones. ¿De mí? Peleándote y despreciándome lo he perdido todo, y quien no puede ya perder más, con cualquier otra cosa ha de ganar.

JAVIER.—Lo veremos...

ALEJANDRINA.—Ahora mismo. Tú te has propuesto desbarrar por obcecado, y los demás, aun

estando en nuestro cabal juicio, tenemos que desbarrar también para seguirte y para defendernos. Y así, obligados, arrastrados por tu demencia, locos y cuerdos, vamos todos a hacer locuras.

JAVIER.—Tú sabrás...

ALEJANDRINA.—Para llevar suavemente las cosas no había más razón que la de tener a Leopoldo al margen de nuestras peleas; pero cuando eso también peligra, ya no hay razón ninguna que me contenga.

JAVIER.—Leopoldo no tiene por qué intervenir en este asunto.

ALEJANDRINA.—Aun no interviniendo sería horrible ya que lo adivinara, que lo supiera... y que te juzgase.

JAVIER.—El no es quién para eso. Mis acciones las pueden juzgar todos, absolutamente todos; todos, menos él.

ALEJANDRINA.—Cierto...; pero también lo es que a la mujer adorada por tu hijo la pueden codiciar todos, absolutamente todos... ¡Todos, menos tú!

JAVIER.—Yo no la codicio.

ALEJANDRINA.—Pues entonces ni esa razón llevas para detenerla. Y fíjate bien. Se trata de que Leopoldo no se entere. De eso. Nada más que de eso. ¿Comprendes?

JAVIER.—Sí.

ALEJANDRINA.—Fuera de casa, lo tuyo, lo de ella... ¡y hasta lo mío! Lo desprecio todo. En absoluto, todo. ¿Comprendes?

JAVIER.—Sí.

ALEJANDRINA.—Pero aquí dentro estoy dispuesta a saltar por todo y atropellarlo todo. En absoluto, todo. ¿Comprendes?

JAVIER.—¡Sí, comprendo!

ALEJANDRINA.—Pues vamos a ver si has comprendido. *(Llamándola.)* Marysol... Dispón tu viaje.

MARYSOL.—Bien.

ALEJANDRINA.—Por Javier no hay dificultad ninguna. *(Pausa.* MARYSOL *le mira, aguardando.)* Ninguna. Dilo tú.

JAVIER.—Ninguna...

MARYSOL.—Bien...

ALEJANDRINA.—Y llévate esos documentos.

MARYSOL.—No.

ALEJANDRINA.—Sí. *(Los coge y se los entrega a la fuerza.)* Tú habrás querido quitármelo todo; pero yo no quiero quitarte ni eso. ¡Llévatelo!

MARYSOL.—No...

ALEJANDRINA.—¡Llévatelo! Ganado va... Y que Dios te lleve a ti también.

MARYSOL.—Gracias... *(Mutis lento y por izquierda.)*

ESCENA XVI

ALEJANDRINA y JAVIER.

ALEJANDRINA.—Y tú, Javier, libre eres de hacer tu voluntad. Quédate..., márchate..., olvídala..., búscala... A tu elección y a tu capricho, que un hombre desenamorado no vale la pena de retenerlo ni siquiera con el hilo de una palabra afectuosa.

JAVIER.—Ni eso...

ALEJANDRINA.—Ni eso. Y, además, te diré lo que tú no quieres saber. Que toda la resignación y la mansedumbre mía pudo estar justificada mientras tus culpas se cometían de puertas afuera; pero ya dentro de casa y poniéndola en peligro se acabaron de un golpe las resignaciones y empiezan de una sola vez las energías, que aquí, Javier, ¡aquí!, soy lo que es preciso que sea: la única mujer, más señora aún que mujer y más reina que señora.

JAVIER.—No lo discuto.

ALEJANDRINA.—Sería igual. Y no te llames a engaño por mis tolerancias de otros tiempos, que si fuera cedí muchas veces, aquí no cedo a nadie ni comparto con nadie. ¡No! Dentro de casa soy absoluta, y dentro de mi jaula soy leona.

JAVIER.—¡Alejandrina...!

ALEJANDRINA.—Es verdad que a través de los barrotes inspiran poco miedo; pero también es verdad que al entrar en la jaula ni el domador se olvida de que es leona la leona. Prisionera, tranquila, resignada...; pero, al fin y al cabo, ¡leona, Javier, leona!

JAVIER.—¿Amenazas?

ALEJANDRINA.—No, no es cosa de amenazar cuando se dan ya los zarpazos. Y para lo que tú determines, no está de más que sepas lo que yo he resuelto. El mundo entero..., ¡entero!, para ti. La casa..., ¡mi casa!, para mí. Y ahora tú pensarás con toda calma en dónde te conviene más vivir...

JAVIER.—Alejandrina...

ALEJANDRINA.—Piénsalo, piénsalo... *(Mutis por derecha.)*

TELON

La Coruña, Pazo de La Peregrina, 12 octubre 1923.

MANUEL LINARES RIVAS.

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MÁS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

María Victoria, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

La casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.) (Agotada.)

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

Como Dios nos hizo..., estrenada en el teatro del Centro, de Madrid. (Agotada.)

La mala ley..., estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (6.ª edición.)

Currito de la Cruz (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro Lara, de Madrid. (2.ª edición.)

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

La cizaña, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.) (Agotada.)

El ídolo, en tres actos (Refundida en dos), estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara.

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Las buenas intenciones, estrenada en el Coliseo Imperial.

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara. (2.ª edición.)

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (10.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Lo pasado, o concluído o guardado, estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

OBRAS COMPLETAS

Publicadas por BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino:*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).

Tomo II.—*El abolengo* (dos actos).—*María Victoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).

Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos).—*Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).

Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).

Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos).—*Clavito* (un acto).

Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).

Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).

Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos).—*El mismo amor* (dos actos).

Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).

Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).

Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos).—*La garra* (dos actos).

Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos).—*Fantasmas* (dos actos).

Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos).—*Como hormigas* (dos actos).

Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).

Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos).—*El milagro* (un acto).

EN PRENSA

Tomo XVI.—*El Cardenal* (cuatro actos).—*El señor Sócrates* (un acto).

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
PASEO DE SAN VICENTE, 20, MADRID